

H i s t o -

r i a s

c o n f i -

n a d a s

Cuando el  
aislamiento  
nos une



EDITORIAL  
USACH



# **HISTORIAS CONFINADAS**

CUANDO EL AISLAMIENTO  
NOS UNE

© Editorial Universidad de Santiago de Chile, 2020  
Av. Ecuador 3453, Estación Central  
Santiago de Chile  
Tel.: +56 2 2718 0080  
www.editorial.usach.cl  
Instagram: @editorialusach  
Twitter: @Editorial\_Usach  
Mail: editor@usach.cl  
ISSUU: /Editorial-Usach

I.S.B.N. edición impresa: 978-956-303-471-4

Diagramación: Andrea Meza Vergara  
Diseño portada: Ian Campbell Camblor

Primera edición, noviembre 2020

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico o mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de la Editorial.

Impreso en Chile

# **HISTORIAS CONFINADAS**

CUANDO EL AISLAMIENTO  
NOS UNE



EDITORIAL  
USACH

## índice

Un texto .....	11	Rutina.....	63
Locativo mono desconfiado .....	13	En cama .....	64
Parque de recuerdos.....	15	Odio la cuarentena .....	66
Mi primer día.....	16	La gran batalla del muro.....	67
Madriguera.....	18	Historias del gato, el matapacos y la calavera .....	69
Muda.....	20	Turno .....	71
Me preguntas.....	22	Ya vendrán .....	73
Barro.....	24	El sábado en la mañana .....	76
El tiempo detenido.....	25	Querida madre.....	78
Las mentiras que nos unen.....	27	Igualmente distinto.....	80
Siete tipos y las que el/la lector/a quiera agregar y/o intercambiar.....	27	Un día.....	82
Tiempo.....	29	Danza .....	84
Distancia social.....	31	No quiero que se vaya .....	85
Abúlica realidad sin zombis.....	33	Es hora .....	87
El árbol .....	35	Tiempo de espera .....	88
Corazón en cuarentena .....	37	Cortinas.....	89
Te abrazo .....	38	Los días .....	91
Clase media.....	39	Décimas de la pandemia.....	93
Teletapeuta.....	41	Testigo .....	97
De brazos, tobillos y muñecas .....	43	VI .....	99
Línea 3 .....	45	Cada noche .....	100
24 de abril del 2020.....	46	Sin molestar .....	102
Princesa.....	49	Examen .....	104
A Santiago, mi ciudad contrastada.....	50	Sacar la basura .....	106
Hormigas .....	52	Viva .....	108
Sufrimiento oculto .....	54	Antes del Coronavirus.....	111
Partida, encierro y casa .....	56	Soñar .....	112
Pantalla.....	57	El gato de Maité.....	113
Volveremos... a quemar el reino.....	59	Quizás una esperanza .....	114
Tus labios.....	61	Horneando una crisis.....	116

Amor en cuarentena.....	118	No soy un robot.....	170
Ruido blanco.....	120	Salvaje juventud enmascarada.....	172
Rutinas del dolor.....	121	Recordar.....	173
Amargo subconsciente.....	123	En crisis.....	174
He aquí.....	125	La Pincoya resiste.....	175
Deshoras caninas.....	126	Micrófono silenciado.....	176
Trece días sin ti. La intersección vacía.....	127	Hábitos.....	178
No y que.....	129	Uno más.....	180
Los primeros cinco minutos.....	130	La naturaleza del confinamiento....	182
Compañeras.....	132	La lavadora.....	183
Crónicas del encierro, día tres: "Mientras".....	134	Tiempos de cuarentena.....	185
Tarjeta bip.....	136	Renovación.....	187
Pensamiento.....	138	Rutina.....	190
Viaje al inframundo.....	140		
Turno veinticuatro tres.....	142		
Carta de un perro en cuarentena..	144		
Luz.....	146		
Domingo ocho de marzo.....	148		
La libertad en calabozo.....	150		
Dentro de mi guarida.....	152		
Este es el mejor año.....	154		
Doble encierro de origen mitocondrial.....	156		
Cuerpos delimitados.....	158		
Redescubrimirme(nos).....	160		
Crónica.....	162		
El forastero.....	164		
Cuarentena animal.....	167		
No es lo mismo.....	169		

## **HISTORIAS CONFINADAS: cuando el aislamiento nos une**

No cabe la menor duda de que este año 2020 vino a modificarlo todo, desde nuestra forma de convivir en la intimidad familiar hasta nuestra manera de trabajar. El cambio nos ha afectado a todas y todos, aunque hayamos sido confinados en nuestros domicilios como medida de prevención, la intensidad y las condiciones de esta experiencia han hecho que estemos más unidos que nunca. Las experiencias relatadas sobre los meses de confinamiento, reunidas en este libro, serán comprensibles para todo aquel que ha vivido las circunstancias de esta pandemia global. Se trata de una marca muy profunda que hemos recibido de manera colectiva y, por lo tanto, las lectoras y lectores de este libro serán capaces de sentirse cómplices de estos relatos.

En esta iniciativa conjunta del Sistema de Bibliotecas USACH y el Sello Editorial USACH, convocamos a participar de este relato colectivo a quienes quisieran compartir sus reflexiones, vivencias y sentimientos respecto a lo vivido en el aislamiento. El resultado es este libro, que esperamos acompañe a quienes lo lean y refleje, desde sus múltiples perspectivas, parte de lo que vivimos durante el aislamiento, a causa de la crisis sanitaria mundial provocada por el COVID-19.

Agradecemos a quienes compartieron sus historias en la convocatoria para expresar sus vivencias, pensamientos y emociones en estos tiempos tan convulsionados. Este libro será el testimonio de lo vivido para las futuras generaciones.

KARINA ARIAS YURISCH  
Vicerrectora Vinculación con el Medio  
Universidad de Santiago de Chile



## Un texto

Demasiado disperso para un relato  
muy insípido para un poema  
un poco cerrado para compartir sus pensamientos.

Pese a todo  
agarra lápiz y papel,  
a la antigua como dicen esos adultos  
que sobrepasan los 60 y bordean los 70.

La primera hoja no le gusta  
muy normal, muy cotidiano  
él quiere destacar, por supuesto  
quiere estar en el libro a toda costa.

Pasa a la segunda hoja,  
pero a la mitad del trabajo se queda en blanco  
vacío, sin ideas y sin motivación  
a este pobre alumno le falta dedicación.

La tercera hoja ya la empieza de mala gana  
sin ánimos, sin energías  
escribe por escribir porque  
“ya estoy en esto, qué más da”.

Al llegar a la cuarta hoja  
se toma un descanso y la mira detenidamente  
“¿Qué escribo? Si yo no sé redactar  
No sé palabrear, ni charlar y me cuesta conversar”.

Entonces piensa y piensa  
y se le va la hora, ¡el tiempo!  
Ya van a ser las 12 y aún no envía su texto.

Se rinde, no quiere más.  
Hay cosas más importantes que debe estudiar.

Y es ahí, cuando su ampolleta se alumbra.  
Se ríe entre dientes y se agarra la cara.  
Algo nació, algo descubrió.  
De entre todos los rincones por fin lo encontró.

¿Será una frase? ¿Una palabra?  
Tal vez sean esas ideas que tuvo  
acostado toda la mañana.

No hay tiempo que perder  
debe escribir sin parar.  
La cuarentena te da tiempo,  
pero en algún momento se va a acabar.

ALEJANDRO IGNACIO FUENTES RODRÍGUEZ

## Locativo mono desconfiado

Las líneas que siguen no tratan de conspiración reptiliana o Illuminati. De basura televisiva en horario de trasnoche. Sólo representan lecturas de lecturas, duda metódica sobre el actuar de quienes toman las decisiones que más importan.

Divagaciones de patrañas con fundamento, supuestos encarnados en más supuestos de un alcance inimaginado. En otras palabras, “falsedad imitando a la falsedad”, fantasías claustrofóbicas, luego de un par de meses de “vida total” en la mazmorra cálida del domicilio. Meses de teletrabajo, de compras a la puerta y un sin fin de clases remotas. Todos los cuales representan locaciones para que mi primate y dispersa mente elucubre aterradores vaticinios, como si de un escalofriante capítulo de “La dimensión desconocida” se tratase.

¿No será esta pandemia un simulacro de la vida futura que proyectan los poderosos para un “bravo nuevo mundo” que se estaría gestando? ¿Una especie de experimento para rescatar información de nuestro comportamiento, nuestro rendimiento en condiciones de encierro? ¿Una estrategia global para acumular mayores sumas de dinero a base de un terrorismo sanitario? ¿Quizás un cruel destino de servidumbre virtual, sin posibilidad de retorno, de resistencia efectiva al son de la dispersión quirúrgicamente infligida?

¿Nos convertirán en mascotas de amos desconocidos — para nosotros— que juegan a “comerse vivos” mientras se coluden con fiel precisión? ¿Sugestionados con la posibilidad del contagio, poseídos con la idea de ganar más para consumir más, nos venderán mayores y hechiceros productos, gestos, servicios de vida saludable? ¿En esta “vuelta de tuerca” de *Un mundo feliz* de Aldous Huxley el Soma será la vida sana, el nuevo Soma será un aumento de nuestra esperanza de vida, la longitud de una existencia atrapada en el hogar?

ALEX PATRICIO ZAPATA ROMERO

## Parque de recuerdos

Solía ir al parque en mi niñez, también lo que he podido gastar de mi juventud. Es lo único transversal en mi vida, pues se ha quedado conmigo tanto tiempo, aún en el encierro, sin poder ir a pasar mis tardes libres o pasear para aclarar ideas y descansar de la vida, entre esos lejanos edificios que todo lo rodean y monotonizan.

Ahora sólo me queda ver desde la ventana el árbol del mismo parque en que me sentaba a haraganear y disfrutar la brisa con amigos. Por eso el parque significa tanto, es la poca espontaneidad dentro de tanta monotonía urbana y su recuerdo es lo que me queda para resistir el encierro, esa esperanza de volver y ver si cambio lo que ni la sociedad misma ha podido cambiar.

ALONSO ALEJANDRO PALMA SOTOMAYOR

## Mi primer día

Nunca fui muy feliz, solitario era mi descripción favorita, no tenía amigos, nunca fui bueno enganchando mujeres, la timidez siempre fue superior, me he alejado de mi familia, soy arisco en el trabajo, nunca tuve la necesidad de sociabilizar. Vivo solo, nunca quise tener mascota, ni siquiera plantas en mi casa, adoro mi rutina. Alarma, ducha, desayuno, trabajo, noche, TV, dormir. Día tras día, se repite. El fin de semana es algo distinto, no hay alarma, cocino, de las pocas cosas que me agradan.

Escuché por televisión el problema, no lo creí, una invención más de los grupos que controlan el mundo. Comenzaron a cerrar los negocios, mis vecinos usaban mascarillas, en el trabajo me miraban raro, era el único que vivía en Santiago, sentí que tenía tiña, peste o algo peor. Me pidieron que trabajara de mi casa, me encantó. Hice mi rutina dentro de la casa, conocí la felicidad en ese momento, sin saludos, sin caras, nada de sonrisas falsas, mi soledad y yo.

La televisión dice 100 días. Ya ni siquiera miro por la ventana. Compró por internet, algo llega a mi casa, nada urgente, bajo a la recepción en horarios donde sea poco probable ver gente. Ya no me afeito, nunca prendí la cámara en una reunión, mal internet leí por ahí, me fascinó la idea.

Plan paso a paso, titulaba el diario, mi universo se desmorona. Mi felicidad, mi fortaleza, mi castillo de protección, mi rutina, todo en peligro. Estoy ansioso, miro la televisión con nervios, ya no me concentro, del trabajo quieren que vuelva, mi familia llama. Me miro al espejo, no me reconozco, no quiero salir, tengo miedo, la gente contagia, las superficies tienen gérmenes.

Música en las calles, gente de todos lados, sin mascarilla. Descubrí la felicidad en estas paredes, no saldré, no tendré contacto. Mi vida comienza en esta realidad, mi verdadera cuarentena parte ahora.

ÁLVARO ANDRÉS CUEVAS CÉSPEDES

## Madriguera

Vivía solo, en el quinto piso de un condominio construido en los años 50. De mediana estatura, cabello caoba ocasionado por el abuso de químicos baratos, abdomen curvo producto de sus largos años de sedentarismo.

Trabajador invisible, su máximo logro era llegar cinco minutos antes de las ocho, no por responsable sino para evitar la congestión generada en la hora *peak*.

25 años de marcar el paso, de ir y venir. Es más, cuando lo despidieron esa tarde, muy pocos sabían que trabajaba ahí.

El encierro obligado y colectivo le vino bien, no tenía que lamentarse por no tener trabajo, ni menos, darse excusas por su nula vida social.

Con el paso de los días, su acomodo en el nuevo sistema era total, a tal punto de priorizar en los deseos de sus plegarias nocturnas el que ojalá la pandemia no acabara jamás.

Calculó que con su finiquito, cobro de seguros, algunos ahorros y apretándose un poco el cinturón, fácilmente podría sobrevivir sin grandes ambiciones un par de décadas sin tener que moverse de su madriguera.

Además, con sus remedios caseros, el paraíso terrenal estaba cada vez más cerca.

Durante sus múltiples visitas virtuales por el mundo, había dado con un doctor al parecer Hondureño que

pregonaba la cura infalible. El santo remedio consistía en beber en ayuna una mezcla de miel, jugo de naranja y vinagre, con ello se garantizaba inmunidad de por vida para el virus y otro 20 males.

Una noche, de esas interminables donde el dormir más que un placer es una lotería, escuchó por la radio que en un pueblo de Oriente mantenían a raya al bicho pulverizando el ambiente con una mezcla de orina, bicarbonato, cloro, y unas gotas de limón para mimetizar el olor.

Con admirable rigurosidad, tomaba sin protestar el brebaje mágico y cada cierta hora fumigaba el ambiente con la mezcla de sus fluidos.

Sus esporádicas salidas por víveres y materiales de fumigación, cada vez fueron mas distanciadas, hasta llegar a cero.

Cierto día, en la melancolía de su soledad, comprobó que sus ruegos habían tenido respuesta y sin entender mucho descubrió con angustia que ya eran tres años de encierro.

Cuando la policía lo encontró boca abajo sobre el piso de su cocina, tenía una botella de cloro en una mano y un frasco de orina en la otra. Se contaban ya cinco años de cuarentena.

ÁLVARO CORDOVA CORDOVA

## Muda

Todo bajo mi peso se hunde  
mis pies, mis caderas, mi cuello  
cae la noche y me voy arrastrando  
estirando a través de la alfombra  
me recuesto y el colchón cae  
se sumerge bajo mi cuerpo  
todo se funde y se entrelaza  
las letras se hacen una sola  
me descascaro como una naranja  
gajo a gajo  
uña a uña  
diente a diente  
veo a mi cuerpo servido en una fuente  
aquí abajo poco se distingue  
solo manos y yemas agigantadas  
sombra entre sombras  
el vacío que se abre al vacío  
el cielo desarmándose como una bandada  
tras la ventana ya no hay nada  
sólo cables, montañas y gris  
poco queda dentro de mi cama  
y sigo cayendo con las sábanas  
un solo espiral que se mueve

un hoyo negro que avanza  
un remolino sin comienzo ni fondo  
y caen los platos, ventanas, puertas  
agujas, marcos, muñecas  
la tele prendida, celulares, microondas  
un solo brebaje de enchufes y tela  
una sola caldera  
que gira sobre el fuego  
que hace y se deshace  
semanas hundiéndose en los muebles  
almohadas sin relleno  
caldo fluorescente  
bocas sin sabor  
un solo ojo que mira  
que nos mira  
que nos sigue  
el reloj que ya no avanza  
los días entre la pared.

ANA BELÉN MORA ESTRADA

## Me preguntas

Me preguntas una y otra vez qué siento.

¿Sentir? Ya no puedo sentir nada. Sólo veo vacío a mi alrededor. Cifras, cifras y más cifras: contagiados y recuperados, sintomáticos y asintomáticos, vivos y muertos... Qué caso tiene preguntarse nada. Sólo hay que esperar: esperar a que esto termine, si es que... mejor no pensarlo, mejor buscar en lo más profundo una razón para sobrevivir. Y quizás por eso escribo. Buscando una razón para sobrevivir. Hace unos años, cuando aún éramos libres y no apreciábamos esa libertad, escribí un breve poema, que quiero compartir contigo esta tarde:

Silencio, paz, plenitud.

Ruidos lejanos  
me acompañan.

Rostros, cuerpos,  
vidas a mi alrededor.

Sólo silencio,

sólo paz,  
sólo plenitud.

Vida, vivencia, respiro.

Siento, viva, plena, armónica.

No deseo nada más.

Soy, siendo.

Eternidad.

Si me permites decirlo, es un poema optimista. Y sin embargo, en este momento vital en el que estamos pienso en este poema. Y me hace más sentido que nunca. Es la nostalgia de una vida que ya no fue y que nunca será.

Ahora debemos comenzar a vivir de nuevo y asumir nuestra terrible debilidad. Veo por la ventana y el vacío me rodea. Y el temor. El temor omnipresente. Un temor como nunca antes había sentido. El temor de asumir la cercanía de la muerte. Siempre pensaba que la muerte es la única certeza que tenemos. Ahora ese pensamiento se ha hecho corpóreo. La muerte nos rodea y golpea a nuestra puerta cada día y en cada momento. Nos obliga a confinarnos, a encerrarnos, a llorar por la desesperación de tener que esperar 14 días para saber si llegó o si pasó de largo. Esto es algo que nunca pensé vivir, y sólo sé que, si sobrevivo, seré capaz de vivir a plenitud. Así que, por favor, no me preguntes más.

ANA MARÍA FRANQUESA STRUGO

## **Barro**

La casa de Juanito es una mediagua, la familia de Juanito vendía lo que podía en la calle y sin importar el dinero que ganaran, siempre habían dos marraquetas en la mesa. El gobierno anunció que durante esta crisis darían cajas “solidarias”. La familia de Juanito no recibió caja, porque el terreno de su casa era una toma en Lo Barnechea.

ANA MARÍA RAQUEL MADARIAGA LEYTON

## El tiempo detenido

¿Cómo explicar que el mundo se ha detenido? ¿Que el tiempo ha desaparecido? Y parece haberlo hecho para siempre. Dejándonos atrás, a nosotros seres de inexplicable existencia perdidos en la marea de la incertidumbre. El tiempo ya no existe para almas como las nuestras que se encuentran aisladas del exterior, dicen que el reino de los sueños se ha transformado en nuestro edén y ahora más que nunca estoy segura de ello.

Ya no soy la persona que solía ver en el reflejo, ahora el espejo parece contarme una historia diferente. Creo que el estar tanto tiempo aislada del mundo me ha ayudado a cuestionarme quién soy y quién deseo ser. Si pienso en mi pasado automáticamente recuerdo odiar la sensación de ser juzgada, querer ser invisible a los ojos extraños. Debido a este mismo motivo no me vestía como quería, ni expresaba mi visión aun cuando se presentaba la oportunidad frente a mis ojos. Y a mi parecer no era la única persona que actuaba de esta manera. Antes de que el universo decidiera interrumpir su curso, la gran mayoría de nosotros parecíamos vivir para el resto, más que para nosotros mismos. Me gusta pensar que cuando todo esto acabe cada uno de nosotros nos transformaremos en las versiones más audaces y genuinas de nuestro ser. Que los miedos e inseguridades que

durante tanto tiempo nos limitaron a llevar a cabo nuestros mayores deseos sólo serán recuerdos del pasado.

Quisiera poder volver el tiempo atrás, admirar mi alrededor con mayor detalle, maravillarme como si viese el mundo por primera vez. Sentir todo con más fuerza para poder revivirlo con mayor facilidad.

Creo que lo que más extraño es el factor de lo inesperado, salir al mundo nunca era igual. Extraño el sentir que soy parte de algo más grande, de una obra de arte y no sólo parte de mi habitación. Ser parte del mundo hacía latir mi corazón de una manera especial.

ANTONIA FERNANDA FUENZALIDA MÁRQUEZ

## **Las mentiras que nos unen**

### **Siete tipos y las que el/la lector/a quiera agregar y/o intercambiar**

Las de la esperanza: todo va a estar bien.

Las del falso futuro: cuando todo esto pase al tiro nos juntamos. No te voy a dejar de abrazar. Viajaremos al Sur. Volverás a tener una maleta entre tus manos. En la “nueva normalidad” a nadie le importa el visto. Amazon Prime anuncia: sí, habrá nueva temporada de *This is Us*. Vienen tiempos mejores.

Las que nos mantienen a flote: te llamo mañana. Te envié una foto, ¿qué forma le ves a esa nube? Cachai el frío que hace hoy, es el más invierno de todos los inviernos. Todas andamos bien quién sabe cómo. *Replace the word space with a drink and forget it.*

Las de “todo tiene que ver con Chile”: no puedo conectarme a la reunión porque tengo VTR. Comienza la fase dos, pero no se levanta el toque de queda.

Las que son un disparate, pero insistimos en creerlas: lo que no te mata, te fortalece. Pero, ¿sabí qué?, al terminar esto seremos mejores personas. Estás ahorrando. Nadie está avanzando en la tesis. Nada está ocurriendo allá afuera. El look de harta, cansada, confundida y deprimida no te va mal. Estamos preparados para un rebrote, la gente podrá hacer su vida normal.

Las de vocación: ahora que tengo tiempo voy a leer todos los libros que están sobre el velador. Hoy sí me baño. Google, vídeo de ejercicio de cardio en casa, buscar. “Aprende mapudungún y alemán por 20 lucas al mes”, tarjeta Banco Estado, clic, pagar. En una hora me saco el pijama. Ahora sí, mañana por la mañana, antes de la copa de vino, primero beberé un café. La última vez que lloro bajo la ducha.

Las que estremecen: a excepción de los semáforos, nada cambia ni ocurre mientras estamos en pandemia.

BERENICE RAMOS ROMERO

## Tiempo

Vivimos anhelando tiempo... Cuando (por eventos desafortunados) lo tenemos, y nos descuidamos, se vuelve terreno fértil para que crezcan viejas incertidumbres y resquemores. Y ahí, mi memoria se desordena como red, como maraña; recuerdos que transitan de un lado al otro, de arriba a abajo, de la A a la Z, pasando por todos los tiempos verbales. ¡La memoria pesada!, que no sigue lógica, es caprichosa, obstinada, a veces caótica.

Con tanto tiempo termina uno idealizando, fantaseando, y vagando por lo que queremos, lo que sirve, lo que conviene, lo que somos capaces de recordar, eso que no anda dando vueltas por ahí en algún lugar del inconsciente.

Y trato, como un juego, de sacarle provecho a este tiempo de encuentro con mis memorias, e intento evocar algunos recuerdos, esos de por allá lejos, esos que estaban bajo la alfombra, los que no creí importantes. Y me sumerjo, muy, muy, adentro, como en un trance, en una regresión improvisada e inventada, y llegó al fondo.

Me tengo que poner a barrer y a sacar el polvo de todos los bordes, de todas las cajoneras, de todos los muebles, de cada una de las piezas en las que habitan mis memorias.

En este encuentro profundo, no me doy cuenta y estoy llorando. Me transporto lejos, a muchos otros tiempos,

algunos buenos, algunos no tanto, pero todos parte de lo que soy ahora.

Ojo con el tiempo, ojo con la memoria.

CAMILA ALARCÓN FIGUEROA

## Distancia social

Durante la cuarentena me he reencontrado con recuerdos que creía haber sepultado. Pienso en él. No le he visto desde que me fui de la casa. ¿Cuánto habrá pasado? Unos 10 años. Ni siquiera sé si está vivo. Hoy soñé con ese día y con su mirada llorosa cuando me lo confesó. Pensé en todo lo que me había enseñado desde pequeño. Que los hombres deben ser masculinos, fuertes y que nunca deben llorar. Todo me pareció una mentira. Nuestra vida. Su matrimonio. Su carrera en el ejército, la cual decidí seguir a modo de honra. Cuando mi mamá murió nuestra relación se quebró. No podía aguantar el silencio cuando tomábamos once. Mi papá sentado a la cabecera de la mesa, yo a la derecha y en frente de mí, el puesto vacío de mi mamá. Detrás de la silla, la puerta de daba a mi pieza. La misma pieza en donde mi papá me sacó la cresta después de verme jugar con las muñecas de mi prima cuando tenía seis años. Mi mamá le rogó que parara y él solo decía que no iba a tener un hijo maricón. Ese día lloré hasta quedarme dormido, sin emitir un sollozo. Las lágrimas no estaban permitidas.

Habían pasado cinco años desde la muerte de mi mamá. Como cada año, le prendimos una velita y vimos fotos antiguas. Después, nos sentamos a tomar once. Sonó la puerta. “Hijo, quiero que conozcas a alguien”. Entró. Me saludó

tímidamente y se sentó frente a mí. Luego de un silencio eterno, mi papá le tomó la mano sobre la mesa y me dijo que era homosexual. Así, con esas palabras. Grité, grité mucho. Lo insulté de la forma en que él me enseñó a insultar. Ese día me fui de la casa y no lo volví a ver.

Tras repasar ese recuerdo una y otra vez durante 3 meses, inconscientemente tomo el teléfono y marco el número de mi antigua casa. Suena y suena. Estoy a punto de colgar y lo escucho. Su voz no ha cambiado, sólo está desgastada. “¿Aló?” No respondo. Pienso en cortar. —¿Hola?

—¿Papá?

Luego de unos segundos, ambos hombres sollozan entre un mar de lágrimas.

CAMILA PALOMA RETAMAL PARRA

## Abúlica realidad sin zombis

No me lavo la cara ni los dientes desde hace, por lo menos, una semana.

No reviso mails, no contesto llamadas. Todo me incomoda y sé que cualquier contacto humano no me servirá de nada; nadie podría ayudarme, sólo empeorarlo. Duermo prácticamente todo el día. Curiosamente estoy despertando temprano, pero apenas salgo del letargo y asimilo la realidad, me siento inútil. Despertar consiste en recordar momentos anteriores al confinamiento, mirar los matinales con absoluta desesperanza en la humanidad, ir al baño sin modificar nada en mi imagen, tomar algunas pastillas y volver a caer en el sopor de la ensoñación. Supongo que no quiero estar despierto. Realmente no tengo razones. Ya no tengo trabajo, no tengo hijos, los amigos que creía tener eran más bien colegas con los que mantenía relaciones intrascendentes. Quisiera leer muchos libros, pero tampoco he podido conciliar la concentración necesaria para ello. A veces me acuesto y despierto días más tarde, he perdido la noción del tiempo. Como bastante poco, no me alcanza la energía para cocinar. Por las tardes me engullo un pan con margarina, o con manjar, cuando se me antoja algo dulce. No es que no tenga para comer, como les ha ocurrido a muchos con la cuarentena y la imposibilidad de generar recursos, lo que

pasa es que no tengo ganas. Es irónico, porque siempre creí que cuando tuviese tiempo haría cosas maravillosas. Que escribiría un libro o montaría mi propio invernadero. Podría hacerlo, como también podría ver un montón de películas para comentarlas con nadie o subir historias a Instagram sin contenido alguno y que, obviamente, no le interesarían a nadie. Por ahora sólo tengo mis cuadernos llenos de ideas y confabulaciones, el registro de un solitario sobreviviente a la pandemia —un sobreviviente sin ganas de vivir— en el último rincón del mundo, en el último rincón de Santiago. Siempre nos hicieron creer que el Apocalipsis sería muy sangriento y con zombis, tengo que decir que al menos así sería más entretenido. Son las diez. Lo sé porque la sirena de Bomberos es incansablemente puntual. Es la hora de ir a lavarme las manos y volver a lo mío, el mundo de las fantasías me espera y, honestamente, mis sueños son definitivamente mejores que esta enferma realidad sin zombis, pero con un nivel de aislamiento que me hizo ver que sencillamente yo no era nadie ni tenía nada.

CAMILA ROCÍO FUENTES REYES

## El árbol

El edificio de enfrente, con sus ventanas rectangulares y cortinas cerradas, cubría toda la vista del departamento. El árbol se había quedado sin hojas y sus ramas, tan delgadas como lápices, se perdían entre el naranja de los ladrillos. Ceise trataba de evitar esa vista. Y, en los 30 metros cuadrados de paredes grises y piso de madera falsa a los que estaba relegado por la cuarentena, también trataba de evitar a Alicione, su pareja.

Ceise ya no aguantaba que la voz de Alicione invadiera todo el departamento en sus llamadas por teléfono. Alicione ya no aguantaba que Ceise se duchara cada dos días y se lavara los dientes recién a las tres de la tarde. Los respiros que tenían normalmente, cuando iban a la oficina, cuando salían con amigos, cuando visitaban a sus familias, ya no existían y ahora cada roce se acumulaba y crecía.

Para romper la rutina, Alicione propuso que escabulleran a Morfeo, su amigo de la infancia, para que se quedara unas noches en el departamento. La pelea duró horas o días. Ceise no creía que fuera buena idea, creía que no había espacio para Morfeo en el pequeño departamento. Pese a sus intentos, la decisión ya estaba tomada. El día en que llegó Morfeo, Ceise se distrajo por unos minutos mirando

el árbol y los brotes verdes que comenzaban a contrastar con el ladrillo.

Con Morfeo, las tardes pasaron a ser de vino, marihuana e historias. Historias que siempre comenzaban con un lugar, siempre lejano y siempre en medio de la naturaleza. Ceise y Alicione, hundidos en el sofá, se dejaban llevar. Y ese momento de la tarde, el único en que los rayos de sol se escapaban entre los edificios para entrar al departamento, parecía siempre nuevo. Muchas de las historias terminaban con poca ropa y gemidos que podrían haber sonado en algún lugar, siempre lejano y siempre en medio de la naturaleza.

Tras días y meses de la nueva rutina, hundido en el sofá, Ceise miró por la ventana. Hojas verdes cubrían, como un velo, al edificio de ladrillo. Morfeo contó su última historia. Cuando terminaran las cuarentenas, harían un viaje al sur, a una cabaña de tejas de madera y con vistas a un lago eterno. Ceise, antes de dormirse, vio a Alicione en esa cabaña, mirando ese lago eterno.

CAMILO CASTELLANOS

## Corazón en cuarentena

Sabes que no debes, pero de ganas te mueres.  
Quizás no conviene, mas qué precio tiene.  
Un beso a menos de un metro bajo un filtro retro.

## Corazón en cuarentena

A solas con tus recuerdos los miedos no son tan negros.  
El pasado y aquellos errores tienen hoy otros sabores.  
No estábamos preparados y ahora henos aquí separados.

## Corazón en cuarentena

Con el tiempo te contaré un cuento y estarás ahora más atento.  
Quizás hasta logres entender que allá afuera no hay tanto que perder.  
Y que si un día no te perteneces más, será porque ahora eres tú  
y mucho más.

CAMILO IGNACIO SALAS MORÁN

## Te abrazo

Te abrazo, con los ojos cerrados imagino que siento el olor de tus prendas. Te abrazo, mientras estoy soñando durante las noches y las tardes, con esfuerzo para no terminarlo nunca. Te abrazo, cuando en la foto colgada en mi pared veo tus ojos cargados de alegría mientras me abrazas. Te abrazo, cuando tomo el café cargado de la tarde y me recuerda al color de tu colmillo retorcido. Veo tu película favorita una vez a la semana para encontrar la razón del por qué te gusta tanto, y te abrazo. Escucho nuestra canción favorita, la canción que cantábamos siempre, imagino que bailamos abrazados, y te abrazo. Voy a comprar al almacén de la esquina día por medio, te recuerdo comprándome un helado, te abrazo y te doy las gracias.

Durante la madrugada, suelo desvelarme pensando en nosotros, en nuestro reencuentro. Camino por el pasaje, escuchando los ladridos de los perros, silenciosamente abro la reja para darte una sorpresa, golpeo la puerta, la abres y te abrazo, muy fuerte, te abrazo. Y lloro, porque realmente lo hago.

CATALINA LORCA

## Clase media

La caja metálica de los calcetines azules de cobre que me regalaron para Navidad se usa para guardar los billetes. Está en el espacio del medio junto a las camisas planchadas y los chalecos de cuello redondo de invierno. Mi padre cada noche deja caer allí la propina al vaciar sus pantalones de trabajo. Yo me encargo de ordenar lo ganado en fajos de diez, que sujeto con un elástico. Así se juntó para el pie del auto que compramos hace un año.

Pero desde marzo comenzó a cerrar temprano el restaurante. El jefe comentó que serían unas semanas y que esperaríamos el salvoconducto. Nunca llegó el correo y tuvimos que recurrir a la caja para los gastos diarios. Mi hermana amasa de madrugada y yo reparto a los vecinos con teletrabajo. Por la noche, ordeno la caja, sin embargo, el montón de billetes baja con cada comida que hacemos en casa.

El auto se vende mañana, afirmó mi viejo durante la cena. Aceptó una miserable propuesta, luego de llamar a un número que encontró en un cartel pegado al poste de la luz, con tal de sacarse de los hombros la deuda pactada. Pero está el asunto del crédito hipotecario.

Enciendiendo la televisión, mientras las cacerolas suenan al fondo, gesticulan los legisladores y el periodista comenta la urgencia del proyecto de ley. Muchas familias, dice la

locutora, dependen del voto de la bancada oficialista. Gente como nosotros, murmura la Juana mientras pone su mano en mi hombro. De pronto quedamos a oscuras. ¡El pan!, gritamos a coro.

Las cacerolas suenan cada vez con más fuerza.

CLAUDIA ROSSANA MARTÍNEZ PINTO

## Teleterapeuta

Sobre la mesa del comedor: un paño, dos tazas de café, una pareja de cuadernos y un par de lápices, no cabe nada más ahí.

Mi norte: una pantalla; más al norte: la contracara de un notebook con stickers sobre Derechos Humanos. A ratos me parece que se burlaran de mí y de todos cuando miro por la ventana.

Mi sur: la puerta del baño (que no cierra del todo por la humedad). Otras dos puertas hay cerca de ahí, frente a la filtración de la vecina de arriba está la pieza donde se solía descansar; hoy es la sala de clases de uno de los mellizos. El otro, está tras la otra puerta del único dormitorio que tienen para dos.

Escucho sus clases en francés, inglés y español mientras mi norte más lejano habla en consonancia con el sticker original. De pronto, escucho el análisis del MINSAL. El café no es lo suficientemente largo para acompañar todos esos procesos limitados por 60 metros cuadrados. Esa pegatina se ríe largamente de todos.

Pronto será la hora de atender a algún paciente, mi norte debe cambiar radicalmente. Salgo a la terraza, donde tengo ese único fondo sin gracia (en realidad, el único fondo donde no aparecerían cajas de la bodega que nos pidieron

desocupar). Un fondo que, de algún modo, pienso como reflejo de la nada, una burla de calma que irónicamente se pretende transmitir.

Hace días, mis suegros nos donaron una mesa y sillas con los colores blancos, negros y rojos. Me digo que es muy coherente con estos tiempos. Mis padres se llueven; nosotras nos filtramos y mi abuela ya no controla esfínter: se anuncia la crisis del cuidado.

La nueva mesa en la terraza me da una sensación de mejor *setting*. A través de la pantalla no se notan los ocho grados acá, pero se nota la parka (sobre dos o tres capas bajo ella). Me da pudor preguntarle a los pacientes si han pasado frío y que se abriguen, como si resultara en ello algo de calor. Llegó la cuenta de la luz, 82 mil pesos cuesta el calor de la casa (no incluye la terraza).

Busco los registros de la sesión anterior, veo en qué quedamos. El objetivo parece mayor que el declarado hace unos meses atrás. Pronto, habrá supervisión clínica, pronto tocará hablar de otros, en la terraza.

CONSTANZA ANDREA ACEVEDO CRESPO

## De brazos, tobillos y muñecas

En la autoficción el acontecimiento no es lo relevante.

No es el estilo, no es la trama. Es la forma.

Sin embargo, cuando piensa en la forma, no puede evitar —entre las cuatro paredes en las que está obligada a vivir—, recordar las otras cuatro paredes en las que estuvo alguna vez.

Piensa en lo apretada que estaban las hebillas y el vértigo que sentía al despertar y percatarse que tenía las manos y pies atados a la camilla.

El espacio era dicotómico: la pieza daba a los cerros, a la luz del sol de verano. Había siempre flores al lado de su cama. Y ella acostada, demacrada, enfrentaba la dureza del cuero en sus tobillos y muñecas.

A veces cuando la amarraban después de ir al baño, algunas de las enfermeras tenían más cuidado que otras. Le caían mejor las del turno de la mañana que las de la noche. No las recuerda mucho, pero sabe que los espíritus no rondan de día.

Tampoco puede acordarse cómo eran las noches. Sólo recuerda pastillas y el cansancio por el llanto. Las mismas pastillas que toma en cuarentena, pero ahora en una doble dosis.

Cuando salió de la clínica le pidió a su hermano que la acompañara a hacerse un tatuaje de un corazón en el brazo para nunca olvidar que sólo necesitaba a su familia y amigos. Que él no hacía correr su sangre.

A veces pasa un buen rato tocándose el brazo mientras ve desde la ventana lo mismo que lleva viendo desde hace más de 100 días, hasta percatarse de lo que está haciendo.

No recuerda mucho, pero recuerda a su hermana nerviosa al volante, y cómo al llegar a la clínica le pedía perdón. No quiere nunca más ver a su hermana menor llorar como lo hizo. Su hermana es fuerte, pero ahí las dos estaban quebradas. Quebradas por lo que hizo.

No recuerda qué vio en la televisión esos días. No recuerda por qué decidieron no internarla. No recuerda qué fue lo que tomó. No recuerda las caras de los psiquiatras que pasaban por la habitación para cumplir con sus rondas.

Y ahora sentada frente a la pantalla, en la misma pieza en la que ha estado encerrada los últimos meses, se toca las muñecas y piensa en las hebillas. ¿Por qué las amarraban tan fuerte?

CONSUELO LACLAUSTRA VALLS

### Línea 3

Se sentó frente a mí en un vagón del metro, respetando la distancia reglamentaria. Llevábamos nuestras mascarillas puestas y me fijé en sus ojos que eran lo único que podía ver. La tela ocultaba su boca, el invierno disimulaba su silueta bajo capas de ropa y una parka escondía sus cabellos dentro del gorro. Se nos había dicho que no nos tocáramos, que mantuviéramos la distancia y habláramos sólo cuando fuese estrictamente necesario. ¿Está permitido enamorarse en tiempos de pandemia?

Quería acercarme, pero no podía. Quería hablarle, pero estaba algo lejos. Se dio cuenta de que la miraba y sus ojos se fijaron en los míos. Esbocé una sonrisa que se ahogó en la oscuridad de mi tapabocas y reconocí el eco de mi gesto en la flexión de sus mejillas. Podría haberla amado, pero cuando se bajó en la estación Chile España, supe que la había perdido para siempre, porque cuando me la encuentre de nuevo, ya sin cuarentena, sin virus, en medio de la primavera o a inicios del verano, con el cabello suelto, un vestido fresco y la sonrisa libre, aunque se siente a mi lado y me sonría, no voy a poder reconocerla.

CRISTIÁN SAMUEL CAICEDO CÓRDOVA

**24 de abril del 2020**

Me echo en el sofá cansada de no hacer nada, vestida con la misma pijama desde hace tres días. Mi olor ya revela mi apatía ante la necesidad primaria de mantener limpio un cuerpo que no quiere ni moverse. Cuando alzo los brazos para acomodar mi cabeza en una almohada hecha con mi propia piel, percibo el olor ácido de mis axilas. Miro las uñas de mis pies y me sorprenden lo largas que están. No tienen esmalte, ni brillo. Inspecciono las planta de mis pies y reconozco que están sucias por el polvo que han recogido de un piso que ha visto tiempos mejores. Me gusta caminar descalza por la casa. Me muevo sólo para satisfacer necesidades básicas.

Mi cuerpo se ha rendido a la monotonía de los días. Lo engañé al principio, respetando los horarios habituales, haciéndolo trabajar en tareas de limpieza doméstica, saliendo a ejercitarse cada día, teniendo más actividad sexual que de costumbre. Como si fuera una mascota, lo premié caprichosamente con sus comidas preferidas. Me descubrió. Se dio cuenta de que era un truco. Ya no lo arreglaba afanosamente para ir a trabajar, no tenía reuniones importantes, no daba charlas, no salía a lugares públicos a divertirse... ya no era.

Se reveló a los mandatos de mi mente. No importan los argumentos inteligentes que le ofrezca, no los escucha.

Tampoco les presta atención a las súplicas de mis hijos que me piden que hagamos algo juntos para divertirnos.

—Mamita, ya quita esa cara. Juguemos Monopoly, bingo o cartas. ¡Lo que quieras! Te vas a sentir mejor.

—Gabriel, no quiero hacer nada. Mañana, me voy a sentir más animada y te prometo que haremos algo —respondo sin convicción.

Me quedo en la misma posición, sintiendo un vacío infinito que no logro entender. Mis ojos miran el blanquísimo techo del apartamento donde una lámpara de metal con ocho tentáculos duerme temporalmente. Me incinerará la vista cuando la luz de sol mengüe y Xavier se vea obligado a iluminar el espacio común de la sala. Es en ese momento, que vuelvo a mi cama y trato de dormir.

Mi posición fetal busca repetir la tranquilidad que viví en el vientre amable que me dio vida, las sábanas me cubren como líquido amniótico y la mano de Xavier hace las veces de cordón umbilical. Él me mantiene conectada con el mundo exterior. Quiero quedarme aquí, estática, hasta que todo pase y vuelva a la normalidad.

—Mi amor, mañana será un día mejor. Te traeré un rico desayuno a la cama y te prepararé la tina con agua caliente y sales de mar.

Permanezco callada. Mantengo los ojos cerrados como si durmiera. Mi cuerpo simula una serenidad inexistente mientras mi mente sigue en su actividad enloquecedora de ideas que vienen y van. Maldita sea, ¿cuándo se va a acabar esto?, me pregunto, sin encontrar una puta respuesta. Estar en esta trinchera me da la seguridad de que no me va a

atrapar, infectar y quitar la vida... ¿pero de alguna forma ya no estoy muriendo?

“Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino...”. Mi mantra para tranquilizarme, para tener la esperanza de que todo va a pasar pronto y que mañana nos reiremos de este pasaje amargo en nuestra vida. “Somos parte de la historia”, me digo a mí misma. Mi voz me traiciona y Xavier se da cuenta de que estoy despierta.

—¿Qué dijiste? ¿Qué quieres, mi amor?

—Nada, estoy bien, estaba soñando —miento.

Mis ojos se aferran a la oscuridad y sigo repitiendo mi mantra como obsesa, persiguiendo una redención. Me esfuerzo para que sólo se escuche mi rezo, que retumbe y haga un eco ensordecedor, que obligue a las otras voces a hacer silencio. Poco a poco, mi cuerpo cede a un sueño inquieto.

CRISTINA MARGARITA

## Princesa

Mi mejor amiga tenía el poder de hablar con su mirada. Mi mejor amiga tenía el poder de transmitir su dolor. Mi mejor amiga leía mis sentimientos. Mi mejor amiga a veces comía conmigo. A mi mejor amiga la conocí en la calle y se quedó en mi casa. A mi mejor amiga la vi llorar y sufrir. A mi mejor amiga la llamaron princesa. Mi mejor amiga no murió en la pandemia, murió en mis brazos.

CRISTÓBAL ALONSO CONTRERAS MADARIAGA

## **A Santiago, mi ciudad contrastada**

A la ciudad del hacinamiento, allegamiento y precarización, de una olla, cánticos y desazón, a mi ciudad del caviar, del vino y el aburrimiento, como a sus desfachateces en plena pandemia y ni un solo resentimiento. A mi ciudad de contrastes, que como con dos países en el que uno es hambriento, día y noche trabaja, exhausta de agotamiento, a expensas de manos que muchas veces sin siquiera alojamiento, humildemente sueñan, con un futuro y entendimiento.

Y es que, a 500 años de una Chimba emergente al otro lado del río, y en el egocentrismo puro y vacío, me cuesta entender que cientos de ineptos de cuello y corbata, estén resolviendo problemas del frío, que ad portas del desarrollo se describan sin tapujos, y que nunca han entendido, lo que es vivir sin lujos, que hoy en día reclamen respeto a un ente vacío, que se hace llamar presidente y no hace mas que meterse en líos. Yo no entiendo a quien defienden tanto, si todos alguna vez hemos caído en llanto, si normal te parece pagar diez veces lo que has consumido, en tan solo seis años y un cartón endurecido, sobre respeto y entendimiento eres un desentendido, no eres más que inepto, chistoso y sometido.

Como puedo yo confiar en lo equitativo, si de una gran mansión Emilio se jacta y Juan de tan solo un río, como

puedo yo confiar en lo equitativo, si ni agua ni piedras trae el río, porque ahora está vacío. Vacío porque desde lo alto, en ese enorme y blanco manto, miles de ciegos, adeptos de Emilio y sus actos, día y noche trabajan bloqueando las napas del río, de mi río, del río de Juan y su tío. Prohibido esta salir, solo Emilio y sus hechizos pueden seguir, hechizos verdes, como cada cosa que tocaba el río, como el árbol de Juan y su tío, en su media agua a la orilla del río.

Que triste me siento, a tan bajo entendimiento, que triste te ves mi ciudad contrastada, lenta y aletargada, llena de baches y diferencias, de sociedades tan marcadas. Que feliz me hace sentir, que de a poco se apague, la pandemia y tu gobernanza, que nunca más se propague. Qué lindo que esto se acabe, la pandemia y los entierros, ya abrirás los ojos Santiago, ya saldrás de este encierro.

DANIEL MATÍAS PÉREZ VILCHES

## Hormigas

Al principio quería matar a todos. Me enervaba el sonido de la voz de mi esposo trabajando por teléfono. El volumen del computador. La presencia constante de mis hijos, como un aire en la nuca. La pila de ropa sucia. La necesidad de comer al mediodía. La certeza de que nadie liberaría espacio pues no había espacio permitido para salir.

A las dos semanas se acomodaron las piezas, como cuando juntas las partes rotas de una tetera de porcelana. Mi lugar fue el comedor, al lado del ventanal hacia el jardín, con buen *wifi* y una luz matinal salvadora. Sergio se adueñó del cuarto matrimonial y lo dotó de artefactos de la vida laboral. Constanza siempre tuvo su rancho aparte, en ese tercer piso al que sólo le falta una entrada lateral para decir que vive sola, así que allí no hubo cambios grandes. Jeremías hizo de su habitación un templo: computador, mate, y clases de PSU por Zoom. Henry se instaló en el cuarto de huéspedes, y se inventó un sistema por el cual cuatro minutos de anticipación le bastaban para levantarse, lavarse los dientes, vestirse y estar listo para “el colegio”.

Como hormigas, al alba, cada uno se iba a su centro de trabajo. Sólo nos veíamos para cenar. Las cenas eran muy animadas. Nos contábamos anécdotas y noticias y si alguien nos hubiese escuchado desde afuera, no creería que

en realidad ninguno había salido de la casa desde hace meses. La pregunta de rigor era —eso sí siempre la misma—, “¿Las cifras de hoy?”. Y, por lo general, Jeremías las sabía. Cuatro mil quinientos contagiados. Ciento treinta y cuatro muertos. Positividad de un 14%. Nos acostumbramos a esa rutina de las cifras. Jugábamos a adivinar. El almuerzo lentamente desapareció. No sé cómo cada uno se alimentó de día. La pila de ropa sucia fue encontrando un cierto orden, y de a poco remitió también la cantidad de platos a lavar. El polvo se hizo menos. Se armó una danza armónica de horarios y espacios y volúmenes tolerables. Se redujeron los roces, aprendimos a movernos en una especie de tango acompasado y sinuoso.

Sin embargo, y misteriosamente, aunque nunca nadie saliera, ni nadie entrara, el lavarropas siguió vomitando calcetines guachos. Aún en cuarentena.

DANIELA ROITSTEIN

## Sufrimiento oculto

Papá está muy triste. A menudo lo veo llorar en su habitación. Él no lo sabe, siempre deja su puerta un poco abierta en las noches, creo que lo hace para escuchar si lo llamo desde mi cuarto.

¿Por qué llora papá?, ¿será porque está preocupado por mi madre? Hace unos días ella, repentinamente, cayó enferma. Cuando podía abrir sus ojos contaba que le dolía mucho la garganta y que le ardía su cabeza. Ahora casi no despierta, mi papá dice que con el paso de los días mejorará.

¿Por qué llora papá? Quizá sea por el cambio de la comida. Recuerdo que antes, mi mamá nos servía siempre platos llenos de exquisitos almuerzos, con ensaladas y bebidas. Igualmente, en la cena, solía comer demasiado pan, de hecho, mi madre me decía, siempre entre risas, que estaba engordando por comer esa cantidad. Ahora nos limitamos solamente a medio plato de sopa en polvo. No sabe muy bien, pero si me la tomo toda, mi papá se pondrá feliz.

¿Llorará por su caja fuerte? Casi todos los días me doy cuenta de que pone su caja fuerte, donde están sus ahorros, justo al lado de su computadora, junto a una calculadora y, cada vez que saca un cálculo echa un vistazo a esa caja, pone una mano en su boca y se le sale una lágrima. El otro día le quería dar una sorpresa, quise poner mis monedas en su

cofre, pero cuando lo abrí me di cuenta de que estaba casi vacío.

Últimamente lo he oído hablar mucho por teléfono, no sé con quién, pero lo escucho decir que no puede pagar todavía, que no tiene dinero o que por favor lo esperen un poco más. No me gusta que esas personas hagan sufrir a papá.

La otra vez lo vi tomar un poco de su dinero ahorrado y, luego de eso, me dijo que iba a salir. Lleva repitiendo esto varias veces.

Él sonrío cuando lo abrazo, por eso lo hago seguido, me pide perdón por la comida, por lo distante que ha estado y porque ya no cuenta chistes. Entre lágrimas, me agradeció por ayudarlo con las monedas que puse en su caja fuerte. Fue durante uno de esos momentos de abrazos que noté la fiebre y el sudor en mi papá. Me preocupé mucho, porque mi madre había comenzado igual.

DIEGO CASTILLO SANDOVAL

## Partida, encierro y casa

Tiempos extraños y caóticos. Afuera la pandemia nos desnuda, adentro el desencanto abruma los sentidos. Cínicamente asumo tu partida y despido la antigua normalidad que nunca volverá.

Las oscuras mañanas de teletrabajo saben a nostalgia. La lámpara y el computador no tienen importancia mientras los recuerdos en algo abrigan este invierno, te siento, escucho que me hablas, que me apuras para salir al estadio, te veo leyendo un libro o como siempre trabajando.

El retorno a casa no fue fácil, verte partir tampoco. De a poco dejaste de ser tú, aislándote del mundo hasta enclaustrarte en tu pieza. Mi madre te cuidó con un amor a toda prueba, tu pulgoso compañero siguió acompañándote a los pies de la cama y tus herramientas siguieron esperando que las volvieras a usar, hasta que la noche de un martes de junio te fuiste en paz, en paz después de tres años de confusión, dolor y amor.

A veces siento que esto es un mal sueño, pero el encierro eterno me demuestra lo contrario. Sin embargo, puedo ver que lo sucedido permitió que nos descifráramos y termináramos descubriendo que no hubo, hay, ni habrá nada mejor que casa.

ERNESTO NICOLÁS SAAVEDRA CAMAGGI

## Pantalla

Un viernes de películas con amigas, nos sentamos frente al televisor, caos era todo lo que había allí, el fin del mundo ya no tenía el “atractivo” sin Brad Pitt para salvar al mundo, horror en las ciudades más lujosas y atractivas del mundo. Quisimos cambiar a la siguiente película, pero no pudimos, se estancó, y nosotras con ella. La fantasía traspaso la pantalla, no podías simplemente taparte los ojos hasta que la escena de horror pasara: la escena de horror nos rodeaba. El mundo entero estaba preso en la misma escena, no había brazos reconfortantes para tranquilizarte, no habían paseos en el parque para meditar sobre todo lo que la pantalla nos mostraba, las calles ya no eran tan ruidosas, ni el transporte tan agobiante; ahora sí tenías todo el espacio que alguna vez anhelabas, podías sentarte sin pelear el asiento con nadie, no faltaba el aire, si eras precavido y el resto consciente tendrías todo el aire que pudiera colarse por tu mascarilla y que necesitaras para sobrevivir. Perdí las ganas de seguir mirando la pantalla, pero seguía enterándome del horror. Los meses pasan, el viento golpea las copas de los árboles, pero yo no siento la brisa, al menos no como antes. Mis manos están reseca y mis miedos están cada día más grandes. No son fruto de nada bueno, pero parecen estarse alimentando bien porque

están incluso más grandes que yo. También la tristeza parece no querer dar respiro, llega de la nada, toma mi pecho me obliga a volver a la realidad y me hunde. He tenido que aprender a acostumbrarme a su compañía. Estoy intentando sobrellevar todo y mantener la esperanza. He tenido mis tropiezos, pero me aferro a la idea de volver a respirar tranquila, jugar bajo la lluvia, recorrer lugares que antes no pude recorrer. Incluso ya tengo una lista preparada para cuando pueda volver a cambiar la pantalla. Es extensa, no te mentiré, creo que se está llenando de sueños, más que de metas “realizables”, pero por ahora es lo que me mantiene cuerda, así que no creo que aún la tenga terminada. Incluso creo que pondré por ahí algún viaje a la luna de ida y vuelta, uno nunca sabe lo que le depara el destino. Nada hacía presagiar lo oscuro que este año sería para todos, así que quiero creer que después de tanto horror la vida nos deparará algo mejor.

ESTRELLA ALEJANDRA GUERRERO ARRIAGADA

## **Volveremos... a quemar el reino**

Ardiente en la espera  
enmudecida en la angustia  
busco en la memoria el registro  
de tu goce y el mío.

Las calles tienen hambre  
nuestros cuerpos reclaman vida  
centenares de días en noche  
y nosotras aguardando.

Retorno doloroso  
añorada libertad  
flamas frágiles que danzaban  
propagando un clamor no extinto  
que ningún virus podrá apagar.

Vigilante de nuestro verdugo  
tentada al desacato  
registro encarnaciones en teclas  
crónica de revuelta  
métrica de protesta.

Deconstruir narrándonos

pausa en nuestra coreografía  
me gritas resistencia  
te conforto en risas.

FABIOLA ESPINOZA VELOSO

## Tus labios

Al verte de lejos olvido la fila, la espera y el maldito encierro, porque se abre una ventana hacia un mundo distinto, un camino hacia ti. Detrás del mostrador brilla tu pelo castaño y se asoman tus orejas redondas cuando giras a buscar algo. Te ríes con una colega, pero no alcanzo a escucharte. Avanzo un puesto, veo tus cejas y tu cuello, mi mente despierta y todo se ilumina.

Con sólo un gesto comentamos el tiempo, las dificultades del trabajo, pero por más que lo intento no te veo completa. No entiendo bien tus palabras, no reconozco tu risa, y el misterio de tus labios cubiertos me paraliza. ¿Cómo serán cuando sonrías? Seguro te muerdes uno cuando estás nerviosa, tal vez se achican en una línea cuando te concentras. Quizás tienes un espacio entre los dientes o un lunar que baila con tu risa. Es una vida con distintos rostros, con labios más gruesos, a veces delgados, con tu color favorito que los baña y deja su marca en mi cuello.

Al dar un paso más el sol se cuele por las cortinas revelando el sube y baja de tu pecho, tu boca un poco abierta y no puedo creer que estés a mi lado en esa mañana cualquiera. Veo tu nombre y lo junto con las caminatas por el parque, a las conversaciones sin sentido, a nuestros dedos jugueteando, las risas y tus besos. ¿A qué sabrán tus besos?

Sólo pensarlo me lleva a otro mundo, donde nada puede dañarnos porque estamos juntos, codo a codo contra el mundo, eternos.

Me acerco y nuestra vida juntos tiene perfecto sentido. Estamos tan cerca que tu perfume me cobija, tu respiración me tranquiliza y rayos van y vienen con el destino en nuestras manos, sin ninguna duda. Tus ojos contienen el universo, llenan el vacío de mi encierro y de pronto me estremezco. Pestañeo en otro mundo y atino a pasarte la receta, quieto sin que se me note el sudor frío en el cuello.

¿Algo más?, me dices, y tiemblan recuerdos que aún no existen de las vidas que aún no vivimos.

Retumban mis latidos: uno, dos, miles y sólo hay silencio.

No, gracias, respondo apenas, y no conozco tus labios, ni tu boca ni tu risa.

FAVIO ENRIQUE ZÚÑIGA SOTO

## Rutina

Me lavo las manos frente al espejo. Este me devuelve una imagen que es el vivo retrato de la soledad.

Limpio con cloro las frutas recibidas por delivery, una por una.

Salgo a botar la basura usando guantes. Aparece un vecino. Saludo corriéndome un metro mientras pasa.

Vuelvo y dejo los zapatos en la entrada, tras aplicarles Lysoform.

Me lavo las manos.

Desinfecto el baño; me ducho de inmediato. Desinfecto el celular, el computador, las hojas del gomero y el tenedor antes de comer.

Me lavo las manos.

Prendo la tele. Anuncian que una pandemia ha llegado.

—Tendremos que cambiar nuestros hábitos para no contagiarnos. Tendremos que... —empieza a explicar al país un especialista en temas sanitarios.

Sus lentes gruesos me recuerdan al siquiatra que me disparó tres letras: “TOC”.

Sonrío. Mientras me lavo las manos otra vez, pienso que, por un tiempo al menos, todos al fin serán como yo.

FELIPE EDUARDO URIBE ARMIJO

## En cama

... Mañana lo logro.

El olor a encierro ya se me hace insoportable. Comienzo a escuchar pequeños ruidos por todo el lugar, ruidos que cada vez me molestan un poco más. Siento frío, sobre todo en las orejas. Empujo mi voluntad para hacer que mis párpados se muevan, pero no quieren, están estáticos, es como si quisieran estar así para siempre. Casi como un movimiento de reflejo, muevo mi brazo y pongo mi mano sobre el velador. Tanteo el terreno hasta que, gracias a mi habilidad adquirida por los años, con mi dedo índice y mi dedo pulgar desenchufo el celular del cable que lo carga, lo agarro y lo meto en la cama. Este es mi momento favorito: la incertidumbre de no saber lo que me espera es el único impulso que tengo para abrir los ojos. Con mi mano derecha llevo el celular frente a mi cara, a no más de dos centímetros de distancia. Es casi como si fuera un duelo entre él y yo. Un duelo en el que automáticamente me asumo como perdedor. Me siento sumiso ante él. La información que vea en esa pantalla determinará mi estado de ánimo. Aprieto el botón lateral y recibo en mi cara el primer destello de luz del día. Estoy ansioso. Son cuatro las plataformas que me pueden regalar un momento de felicidad. Aquí voy. Abro los ojos. Con mi pulgar tiritando aprieto la pantalla. Whatsapp,

nada. Instagram, nada. Facebook, nada, ni siquiera alguien de cumpleaños. Gmail, ocho mil pesos de descuento en Uber Eats. Nunca una oferta en comida me había hecho tan mal. Tengo ganas de llorar, pero sería patético. Son las una diecisiete de la tarde y yo recién despertando. Ahora me siento patético y culpable. Empiezo a ver las historias de Instagram. Gente haciendo ejercicio, nuevos filtros, micheladas, lugares paradisíacos, mascarillas, casas inundadas, libros, fútbol, abusos, funas, *challenge* del día, fachos, platos veganos, parejas felices, pacos culiaos, música, renuncia piñera, cuerpos hermosos, familias riendo, guerras, plata, contagio, gente muriendo, selfies... Tengo el mundo entero a dos centímetros de mi cabeza. De repente, no sé cómo, ya son las doce de la noche. Y sigo aquí. Hoy tampoco pude.

Mañana lo logro.

FELIPE SEBASTIÁN VALENZUELA ROJAS

## **Odio la cuarentena**

Odio la cuarentena, porque mi mamá nunca está con nosotros.

FLORENCIA ANTONIA RAMÍREZ ANDAUR

## La gran batalla del muro

Al terminar de subir al segundo piso se puede ver el patio trasero del vecino desde mi casa. Una malla de kiwi paralela al muro intenta imponer un poco de privacidad para ambos lados. Mi hijo León, un día subiendo la escalera, escuchó voces de niños conversando al lado. Intentó ver a través de la malla y decidió que era mejor romperla abajo, meter su cabeza por la apertura y saludar. Terminó conociendo a dos hermanos, Amy de cinco y Ronald de ocho años. A pesar del frío conversaban de todo. Qué le gustaba a cada uno, si tenían algún perrito o un gato y cómo se llamaba, los dibujos que veían en la tele y cuál videojuego estaban jugando. León, que es fanático de Minecraft, fue rápidamente a buscar una espada cuadrada y agitándola desde las alturas les preguntó si conocían aquel juego.

Y así se la pasaban hasta que los llamaban a comer o si se hacía de noche.

Un día, se pusieron a discutir por alguna razón que no entendí, sólo escuchaba sus voces alzándose y, según me pareció, risas y burlas. Ambos lados del muro terminaron declarándose la guerra, estaba por comenzar “La gran batalla del muro”. A petición del comandante León tuve que crear una armada de aviones. Fue una de las más majestuosas y coloridas flotas aéreas de papel lustre que había visto en mi

vida. Ellos también se prepararon con su flota y esa tarde fría de Julio hubo un gran desfile de avioncitos multicolores por el cielo, acompañados por burbujas de jabón lanzadas por el comandante León. Burbujas que se movían al ritmo receloso del viento, codo a codo con las figuras de papel. La batalla duró hasta que ya no quedó ningún avión y las pompas de jabón reventaron al pasar un instante en el aire. Además, el cansancio era notorio. Decidieron hacer un tratado de paz con ofrendas de cada lado. Del nuestro fueron tres grullas de origami: una mamá grulla amarilla y dos pequeños bebés grulla rojo y verde. Y del lado opuesto llegó un avión de papel, adornado con dibujos de globos de colores en cada ala y un dibujo de un Tiranosaurio rex verde. Ahí fue cuando León se hizo dos grandes amigos y vivió una de las batallas más entretenidas durante el encierro.

FRANCISCO ANTONIO ROMERO CORNEJO

## Historias del gato, el matapacos y la calavera

Después de algunos meses de reflexivo encierro, creo que es momento de comentarles que he tenido acaloradas discusiones con mis compañeros de departamento, mis roomies, un gato chino de la suerte, de esos que mueven el brazo automáticamente, una reproducción en miniatura hecha de lana del querido matapacos y una calavera mexicana. Bueno, a veces se incorpora el indio pícaro, pero no siempre, sus intereses están en otro lado.

Normalmente estas discusiones se dan en los momentos de alimentación, al desayuno, almuerzo u onces, que es cuando estoy mucho tiempo en la cocina. Casi siempre parte el gato chino quejándose de su abandono frente a la mesa de centro, de lo poco que me ve, que le gustaría tener más luz y así, después continúa el matapacos, siempre con mucha claridad y bajando la ansiedad del gato, también me hace notar mis errores y como deberíamos proseguir para zanjar este recurrente problema, posee una gran claridad del contexto departamental y nacional, es siempre una gran ayuda.

Los otros *roomies* intervienen poco, la Calavera Mexicana algo más, intenta dar sus opiniones pero se limitan normalmente a decir “Pinche cabrón que jodes, déjanos tranquilos” y claro, siempre pide que compremos más tequila. El otro compañero es peor aún, casi no dice nada y cuando

lo hace es sólo para hablar sandeces, chistes cochinos, tula esto, tula esto otro, tula a los políticos, y así, a eso se limitan sus comentarios.

Como podrán ver, somos un grupo bastante heterogéneo, diverso y agradable, pero aún así, y a pesar de la linda experiencia que ha sido para mí, hay personas que me dijeron que no debía compartir estas historias. Creerán que estoy loco, que un gato de la suerte chino, un matapacos de lana y una calavera de México no pueden hablar y que sólo es muestra de lo mucho que me han afectado estos meses de encierro, pero solamente es envidia de nuestra gran amistad.

FRANCISCO JAVIER CABRERA CAVIEDES

## Turno

05:45, suena la alarma. Día hábil, inhábil, cumpleaños, si toca turno no importa. Cinco minutos, me doy vuelta, la responsabilidad me obliga a levantarme.

06:15, lavado de cara y dientes, intento peinarme, anoche me duché. Chaqueta, mis bolsos, mascarilla, gorro y a la fría calle. Dos cuadras hasta donde guardo el auto, que todavía no pago. Enciendo el motor, limpio la escarcha, música y en marcha, una hora al hospital.

07:45, llamada. “¿Puedes hacer urgencias? Falta gente y cubren puras nuevas”. “Tranqui, yo bajo”. Segunda vez en urgencias, pero ante tantas ausencias hay que aperrar.

08:00, recibimos turno. “Estuvo movido, pero no queda nada”, nos dicen antes de irse. “Ok, descansen”. Piola, puedo seguir orientándome. Reviso archivos, planillas, el sistema, las novedades, mi colega me enseña.

09:00, el supervisor llega con nuevas instrucciones, más procedimientos y papeleo cuando hospitalizamos pacientes, hay que tomar PCR COVID-19. Anotamos las novedades para los otros turnos porque es fin de semana largo.

10:00, llegan pacientes. Escudo, pechera, guantes. “Estoy con contracciones desde las 4”, “En el consultorio no escucharon al bebé”, “Matrona, estoy perdiendo un flujo por abajo”. Atenciones hechas, médico avisado, ingresos

pendientes por tomar el COVID-19. Trabajos de parto, abortos, sangrados; damos apoyo emocional y contención. Más papeleo, pacientes de alta y hospitalizadas, nosotros las vemos todas.

18:45, preparamos la entrega: contamos insumos, equipos, medicamentos, anotamos procedimientos, consultas.

19:00, llega el turno noche, decimos las novedades. Cansancio físico y emocional, nos despedimos. “Descansen”, “Gracias, que tengan bueno”. A las duchas, baño completo, vestirse y de vuelta, “mamá, ya voy”.

21:00, guardo el auto, camino con frío a casa, dejo mis cosas en la entrada, fuera mascarilla, ropa sucia a la lavadora, lavado de manos y cara, cambio de ropa.

21:30, saludo sin regalones, por miedo al contagio. “Mami, te extrañé”, abrazo corto de mi hijo. “¿Cómo estuvo el turno?”, mi mamá me sirve té. “Piola, ¿ustedes?”. Sonrisas cansadas, conversamos un rato. Termino mi té, mi hermano pregunta si vemos algo, le digo que estoy cansada, otro día. Me lavo los dientes, a la cama.

00:00, no puedo dormir. Mañana será otro día, turno de noche, quizá menos movido. Quizá en mis dos libres no esté tan agotada y disfrute con mi familia. O quizá mejor duerma, para no contagiarlos. Comienzo a llorar de angustia, miedo y frustración, que no se muestran a los demás, porque la mascarilla oculta más que nuestros rostros.

GABRIELA ALEJANDRA PÉREZ ARAYA

## Ya vendrán

116 días de confinamiento, 116.

¿Cómo eran las cervezas con mis amigos en la plaza?

¿Cómo era ir en bici a Plaza Dignidad?

La pandemia no es lo único histórico que hemos vivido.

Abrazar a mis amigos. Odio el contacto físico. Cómo las extraño ahora.

Andar en la 210, mirando como cambian las realidades en la ciudad hasta llegar a Puente Alto.

A los de allá arriba no les importan los de acá.

Pan-de-mia

Me cuesta tomarle el peso.

Cuarentena.

La gente se está muriendo.

Mi abuela tiene miedo en sus ojitos llenos de arrugas.

Cómo extraño tus queques de yogurt, viejita.

Va a pasar.

No va a ser para siempre.

Así consuelan las publicaciones de Instagram y las historias de mis amigxs.

Me siento a leer, tengo clases en media hora.

Odio las clases online.  
Me cuesta entender.  
Nunca había escuchado esa palabra.

Fui a un colegio de esos que quedan cerca del metro y llegan hartas micros.

El profe hace lo que puede, pero no, no puede.  
La gente sigue muriendo y sufriendo mientras hace su clase.  
Y nosotros intentando pasar el semestre.  
Ojalá termine luego la clase, tengo que barrer la casa.  
Mi hermano se tuvo que devolver a la casa, no hay pega.  
A veces somos nueve en la casa, nueve.

Chucha.

Tengo control el viernes.

Cagué.

¿Silencio? No, no se llama.

¿Ansiedad? Siempre viví con ella.

Todo está tan extraño allá afuera, ¿cómo aquí adentro iba a seguir todo igual?

¿Mamá, puedo limpiar los baños después?

Prometo que lo voy a hacer.

Prometo que después de esto iremos al parque Quinta Normal para que lo conozcas.

Perdón mamá, tenía Coronavirus para el día de las mamis.

Me dolía todo el cuerpo y en la mañana tuve clases.

Ahora ponte la mascarilla.

Que este sistema no nos cuida.

Que no está todo bien.

No es un año académico más.  
Échale cloro a todo no más, que el tío no se nos puede  
enfermar.

Ya nos encontraremos en los días de sol, donde todo está  
bien.

Dicen por ahí que ya vendrán.

GÉNESIS BEATRIZ CABRERA MENARES

## El sábado en la mañana

Hoy es un día especial, es EL día. Me excita, asusta, se me hace un nudo en el centro del estómago de sólo pensar en lo que se viene.

Llaves en el bolsillo derecho. ¡Listo!

Billetera en el trasero. ¡Listo!

Me arreglo la mascarilla, la pruebo, que no salga el aire, soplo una vez, fuuuu, –mira que hay unas que no escudan ná de ná– pongo mi mano en frente de la boca, fuuuu; protegido. ¡Listo!

Desempeño los lentes con cuidado; movimientos circulares. Los pongo en la punta de mi nariz.

Inclino la cabeza hacia abajo un poco, por sobre los lentes medio turbios, condensados por mi propio aliento, reviso el salvoconducto en la pantalla. El salvoconducto –el tan cotidiano, común y corriente, frecuente y habitual salvoconducto– que ni siquiera sé qué significa en español, “Permiso Temporal Individual - Compras insumos básicos” dice. ¡Listo!

Pongo el celu de vuelta en el bolsillo izquierdo. ¡Listo!

Chequeo las llaves en el derecho, el celu en el izquierdo y la billetera en el trasero de nuevo sólo por si acaso; otro de esos tantos TOCs que a uno lo acompañan desde siempre y que hasta hace poco aprendí que se llamaban así. ¡Listo!

Antes de partir le paso un pañuelo desechable a mis lentes –mi abueli les decía “los antiojos”– con la esperanza de que duren otro minuto claros y brillantes; fracaso rotundo. ¡Listo!

Camino a paso rápido, se me nota la falta de movimiento, respiro agitadamente –un, dos, un, dos, un, dos, inhala, un, dos, un, dos, un, dos exhala–. Llegamos al fin. ¡Listo!

El distanciamiento social le dicen. Evito multitudes como Alexis Sánchez evade defensores. ¡Me aterran! Pero igual me horrorizan, hielan la sangre, amedrentan, intimidan muchísimo más los microbios de los manillares todos manoseados; ultrajados. Síndrome de la cabaña le dicen, lo vi ayer en las noticias.

Tres horas dura la peripecia, nada más ni menos sólo para comprar lo necesario para sobrevivir por otra semana aislado –o “confinado” como le dicen algunos–. Voy directo al pasillo de los vinos a buscar mi botellita de tintito. ¡Listo!

HÉCTOR LARA

## Querida madre

¿Cómo estás? Espero que bien. Acá seguimos en el mismo modo en el cual nos dejaste ese día gris de marzo, cuando tomaste el camino al cielo.

No te conté, pero después que supieron de tu partida, muchas personas nos escribieron, te identificaban como la abuelita de las plantas. Que increíble cuando sabes que tus vecinos te identifican y conoces a pesar de que nunca se acercaban. Bueno, las cosas siguen igual, nada cambia todo flota en una atmosfera rara, de pena, angustia y, a pesar de que se siente una especie de tensa calma, las miradas de las personas son grises, lacónicas, sólo las mascarillas le dan algo de color... Uf, menos mal que no alcanzaste a usarlas, no son muy lindas, aunque estoy seguro de que hubieras tejido unas preciosas.

Los abuelos y la gente mayor están reclusa en sus casas, sin poder salir, sin mirar el mundo, no hay mucho que mirar eso si...

Las rosas del patio florecen siempre los 26. Tu pieza sigue igual. Miro a la lejanía y esta cuarentena me tiene pensando qué harías tú. No sabes cuánto necesito tu sabiduría de madre, tus historias, esas que me contabas para dormir, porque el insomnio y la incertidumbre hace rato son mis compañeros de cama.

Cada día alguien querido se va, la calaca buscando gente; sí, la misma que vi la noche en que te fuiste...

Sé que no te he podido ir a ver. Tu tumba debe estar muy desordenada, pero las autoridades no me dejan salir, el virus anda y anda y no lo paran. Los días pasan y las soluciones no llegan. Recuerdo siempre tus consejos cuando me decías “Hijo, ya va a pasar hay que tener fe”. Lo que más extraño son tus palabras, caricias tu voz.

Intenté hacer galletas para pasar el frío. Está lloviendo mucho. ¿Te acuerdas cuando llovía y no iba a clases al colegio y me quedaba hasta tarde comiendo cosas ricas y jugando en el agua que se juntaba en nuestra vieja casa?

Madre hermosa, cada día es un afán nuevo, y cuesta llevarlo a cabo. Me comprometo a llevar esto adelante como me enseñaste. Cuidaré a tus nietos, a mis hermanos.

Un beso para ti y a mi papá, que debe andar recorriendo las nubes, conversando con alguien por ahí... Llámalo a tomar once, es tarde ya y siempre se quedaba pegado conversando.

Tu hijo.

HÉCTOR NAVARRO CABELLO

## Igualmente distinto

Por muy raro que suene, hace menos de una semana me estaba despidiendo de él, le deseaba los mayores éxitos en esta nueva etapa. La semana pasada lloramos, nos abrazamos, pero, a pesar de que no nos podamos comunicar, entendíamos que era lo mejor para ambos y que no era un hasta siempre, sino un hasta pronto.

¿Por qué dije que era raro?, pues, porque ya está de vuelta. Tenía entendido que no nos veríamos hasta dentro de medio año. Obviamente me alegré por su regreso, pero lo noté extraño, sobre todo porque estaba usando algo que le cubría la mitad de la cara.

Los días pasaron y él seguía aquí, ¿se habrá arrepentido? ¿No pudo soportar la idea de que no nos veríamos en mucho tiempo? No lo sé. Sólo sé que ya todos en la casa están usando esa cosa en el rostro y que cada vez salgo menos a disfrutar del paisaje exterior.

El ambiente está muy raro, hace mucho tiempo que no salgo de casa y él no ha salido de su habitación en siete días, está como aislado del resto. Escucho a cada rato ese sonido característico de las ambulancias, y en la TV veo muchos números, cada vez más grandes; no sé qué pasa, pero algo pasa.

Lo bueno es que, luego de dos semanas, salió de su habitación y todo parecía más normal. Su madre volvió a trabajar, pero ahora se disfraza como una persona del espacio para ir al trabajo, pese a que trabaja en un hospital, la cosa seguía rara.

Creo que ya me estoy acostumbrando a la rutina en casa, mis paseos son el patio, hablo con el vecino, veo cuando llega la madre y se saca la ropa en el antejardín, ¿no será mejor adentro? Pienso que a lo mejor hay algo malo afuera, no lo sé, me invaden las dudas, y me da rabia no poder comunicarme con nadie porque no me entienden, sólo muevo mi colita, la cual desea poder volver a sentir el aire de la libertad que se siente al cruzar esa puerta, la puerta de la entrada, pero también intuyo que no podré hacerlo en mucho tiempo. Espero que cuando se pueda, todo sea igualmente distinto a como era antes.

IGNACIO ANDRÉS ARDILES CUEVAS

## Un día

Un día te despiertas y tu metro cuadrado ya no existe, es compartido con tu alrededor, y deja de ser un metro: ahora es una casa en donde sientes lo que siente el otro.

Un día te despiertas y compartes el aliento, el desgaste, la alegría, la emoción, la angustia y la incertidumbre.

Un día te despiertas y no estás solo, tu rincón de soledad y cobijo, de profunda intimidad, es compartido. Ahora observas miradas por todas partes, caminas por tu casa y sientes el roce de los que te rodean.

Un día te despiertas y el desayuno por la mañana ya no es contra el tiempo, ya no corres a la micro, ya no llegas cansado a casa y te apuras en conciliar el sueño, el día ya no pasa de prisa. El tiempo ya no juega contigo como tu enemigo. Ahora las horas pasan lentas, algunas las disfrutas y otras parecen un tormento. Te das cuenta de que 24 horas al día dejan espacio para experimentar 24 emociones y sensaciones diferentes, de las cuales 25 serán compartidas.

La compañía en momentos parece ser molesta y las paredes generan la sensación de estar cada vez más cerca. Pero estás ahí, mirando a los ojos de los que te acompañan, aferrándote a lo mismo, que claramente es desconocido.

Y estas ahí, escuchado las versiones de millones de personas en todo el mundo, y te enfrentas a la realidad. No estás

solo. Te das cuenta de que son muchos, son uno y miles, todos en lo mismo, una sola sintonía, un solo sentir y tu espacio se vuelve aún más pequeño, porque ahora lo compartes con el mundo.

Ahora tus frustraciones y rabias ya no son propias, son colectivas, son sociales y políticas. Por eso, con más fortaleza, te sitúas en ese rincón que ya nada entrega de intimidad para escribir, escribir lo que unos encima de otros leerán.

Y te levantas, sigues y rozas el cuerpo de los que están en tu casa, cruzas miradas y entiendes al mundo, y te sientes entendido, disfrutas, disfrutas cada segundo porque, por fin, el tiempo ya no corre, ahora tú llevas el ritmo.

JAVIERA NATALIA CHOPPELO ARIAS

## Danza

Enfundé mis pies en las zapatillas, en tanto la melodía de piano sonaba con ese aire fresco y alegre, pero que en cada rincón se sentía triste y solitario. No tenía algo elaborado, sólo dejé que mis sentimientos de incertidumbre se entrelazaran con la agraciada música. Me paré de puntillas y giré sobre mi propio eje sintiendo cómo el pasar de los días se volvía más cruel. Con cada paso que daba las zapatillas hacían eco en la estancia, seguido por un sonido estruendoso de bocinazos que llamaban a la realidad. Mi corazón aceleró mi danza tratando de escapar de lo que avecinaba allá afuera.

Recordé las caras de todos mis seres queridos. Cada uno de ellos ocupa un lugar en mi corazón y no me imaginaba la vida sin uno de ellos. Mientras me volvía uno con el aire tratando de alcanzar a alguien que me sacara de allí, una oleada de compasión me invadió. Frente a la ventana de mi living, en donde había corrido los sillones y muebles, desfilaba una carroza fúnebre con una enorme corona de flores blancas sobre ella. Me quede allí manteniendo el equilibrio en un *attitude derriere*, viendo cómo la vida se iba sin aviso alguno; haciéndome sentir insegura, inestable y solitaria dentro de mi propia danza.

JENIFFER ANDREA CERPA ORELLANA

## No quiero que se vaya

Corrí a recibirla, pensando en aprovechar todo el tiempo con ella antes de que abriera nuevamente esa puerta y se perdiera por horas. Pero no, no se fue. Quizás es sábado. No se fue. Quizás es domingo. No se fue. Quizás es feriado. Y así pasaron los días y nunca se fue. ¡Me encanta que esté aquí! Me encanta verla todos los días. La acompaño mientras trabaja, la sigo a cocinar, la espero en la puerta del baño. Se armó una sala a la que llama “otro día más”, pero la espero en la cama pequeña que me compró y, aunque apenas quepo, me quedo cerca. No entiendo por qué se viste y arregla para sentarse en el mismo lugar. Miro sus pies debajo de la mesa, me acompaña al patio con un paraguas bajo la lluvia, imaginamos un horizonte alto como mar abierto. Llega mi momento favorito. ¿Hora de la comida? Cómo extraño esos asados con tanta gente: sobras por aquí, un trozo generoso por acá. Eso era vida, una vida perruna con libertad, entre comillas porque, si tengo suerte, puedo correr o pasear. He contado el tiempo. Sólo 30 minutos. ¿Qué pasa? ¿Por qué no he visto a mis vecinos? ¿Por qué es la misma noticia de siempre en la televisión? A pesar de este encierro, no quiero que ella se vaya, no sabría estar sola tantas horas, quiero estar con ella, jugar. No la dejaré ir al frío de este invierno. Ocultaré esa mascarilla que no me

deja mirarla, pero ¡cómo evitar que se enferme! He oído de burbujas con coronas. ¿Serán de flores? Pero me lo dice en un tono maligno. Un virus coronado. ¡Sí! ¡Eso es! El que me impide jugar con mi pelota una vez más, y sólo puedo hacerlo en el balcón, el aburrido balcón, donde sólo se ven cuadrados blancos, esas extrañas casas invisibles, donde no pasa nadie, en las que sólo corre el viento y se revuelven los atardeceres. No quiero que se vaya, que pase el tiempo y la endurezca como terrones de azúcar en un frasco apretado. ¿Qué me queda? Olfatear el pasto lejano, correr colinas subiendo las escaleras: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce y quince. ¡Llegué a la cima! Lo logré, seguro lo logré. Quisiera vivir más que esos números. Quiero que lo que ella llama cuarentena dure para siempre.

JENNIFER ANDREA ÁLVAREZ FLORES

## Es hora

Son las 5 de la mañana y aún no duermo, no estoy estudiando ni tampoco en una fiesta, me desvela la agonía que siento al planear mi día. Me levantaré a tomar desayuno a las 9, sólo un yogurt con cereal. A las 11 tengo una clase que seguro me dará sueño. Me prepararé un café a esa hora. Luego, debo hacer almuerzo. Pienso en los alimentos que tengo en la cocina, quizás prepare un mix de verduras. Debo ordenar la casa, aunque ya la limpié el día anterior. Después veré una serie o quizás termine de leer el libro que tengo pendiente. Ya entrada la tarde haré ejercicio. Mi mamá debería de estar por llegar del trabajo alrededor de las 7. Tengo que hacer la cena, pero no me quedarán ingredientes si hago el almuerzo que estoy pensando. Quizás sólo haga una sopa. Ya entrada la noche me acostaré y veré alguna serie o terminaré el libro, si no lo leí en la tarde. Luego, volveré a envolverme en mis pensamientos para planear el día siguiente. Debo realizar algunas compras para el almuerzo de ese día.

Un sonido me interrumpe, ¡la alarma de mi mamá! Ya es hora de que se levante a comenzar su día y yo aún no termino el día anterior planeando el siguiente.

JENNIFER CAMILA ESPINOZA DÍAZ

## Tiempo de espera

Pasan los carros fúnebres dejando una estela de duelo. La gente mira por su ventana y despide a sus muertos. Nadie deambula por las calles, las plazas están vacías. Muchos ya no pueden respirar. Muchos yacen indefinidamente en un adiós inconcluso. Mientras tanto, la Tierra respira como hace siglos no lo hacía. Las tortugas vuelven a las playas. La naturaleza retorna. Vivimos una cuarentena globalizada, de aviones transcontinentales, especulación bursátil y redes sociales. Una pausa ante la vorágine de tiempos virtuales. Tiempo de espera que nos invita a mirarnos al espejo. Una pausa que nos recuerda que, simplemente, somos humanos.

Vértigo de los días constantes, iguales como un incesante gotear. Vértigo de la incerteza, de la agónica esperanza, del extrañar indudable y la cotidianidad rota. Tiempo de cuarentena, vértigo de las ausencias, las carencias y el flagelo que se hiende anticipando una cruz mortuoria. Vértigo del claustro de las horas oscuras, las paredes finitas y el horizonte cuadrado. En las yemas de los dedos la distancia se borra. A un click de distancia un beso virtual, un abrazo imaginado. Tiempo de cuarentena, vértigo sin plazos, palabras desfasadas, cafés que se enfrían en la memoria y promesas dilatadas en el tiempo.

JESSENIA CHAMORRO SALAS

## Cortinas

Es otro día... o es otra noche. ¡No, son ambas! La verdad es que ya no abro las cortinas, no tiene importancia, seguiré en mi cama mirando el techo, sin conexión...

Desperté en el piso, Marcos me estaba lamiendo, era la rutina habitual, suponía que eran las 7 am debido al canto de los pájaros, pero no lo sabía, el reloj no tenía pilas, así que era resultado de especulación, además, ya no abría las cortinas.

Mientras intentaba matar el aburrimiento, sonó el timbre. ¿Quién podría ser, un osado? Fui a ver por la mirilla: no había nadie... Entonces me dirigí a la cocina. Marcos estaba gruñendo, seguro que tiene hambre. ¡En la logia! Ahí tengo guardada la comida para perros. Pobre animal, sólo quedaba una caja de galletas; le di todas las que quedaban. Decidí que debía imitar a mi compañero, por lo que fui a buscar comida, supongo que debo tomar desayuno, ¿o almuerzo? La verdad es que da igual. Tenía hambre, así que abrí el estante para sacar algún trozo de pan.

Mientras comía, pensé sobre el mes pasado, cuando aún no me cortaban la luz y el internet. Recuerdo que me llamó por teléfono mi hermano Julio. Habló sobre su trabajo, que le habían bajado el sueldo, que la mitad de los trabajadores había contraído el virus y que probablemente él también lo tenía. Me dijo que no podía irme a visitar, que tenía que

esperar los resultados del test. Mientras pensaba en eso, volvió a sonar el timbre. Fui corriendo, no quería que el osado se escapara, vi y no había nadie... ¿Acaso tengo que salir? Seguro que debo, alguien me estaba buscando, pero no sabía quién.

Empecé a prepararme. Me vestí, me lavé los dientes y fui hacia la puerta. Tenía miedo... ¿Si mejor primero miro por la ventana? Pero las cortinas están cerradas, ¡las cortinas no se abren! Pero no, tengo que hacerlo. Fui. Ahí estaban, frente a mí, las cortinas, las malditas cortinas. Levanté mis brazos lentamente, sentía el terror, el miedo que mi mente me hacía ver. No quería volver a verlos. ¡No quiero!, pero ya era demasiado tarde, mis manos ya las habían agarrado. Sudando, veía cómo se deslizaban. Empezó a entrar la luz, mis pupilas se achicaron, no podía ver, cerré los ojos. Ahí estaban... los vecinos, los malditos vecinos, allí estaban todos, reunidos hablando de la vida, sin mascarilla.

JOAQUÍN IGNACIO CAMPOS CORREA

## Los días

Flor de oro renacida en la incumbencia de este tedio,  
es mi verso de lánguido y estrecho tenor,  
reposados mis ojos como cálido estertor,  
voy fraguando los días abortados sin remedio.  
Los días se suman, agolpado infierno, se devoran como bes-  
tias;  
carne de sol y hielo a la sazón de un caníbal tiempo,  
a su cita puntuales los contratiempos  
con sus tirrias y molestias.  
La parca en su barco fatal con aroma a peces muertos e  
incienso  
cubre los parques de silencio en manada,  
insaciable es la tierra, estómago inmenso.  
No hay tregua en su gula de humanos bocados,  
la peste lubrica su negro esófago  
con las lágrimas de Santiago,  
indiferente se relame los labios.  
Se esconde el sol como navaja en la oscuridad,  
como si lo fuese a robar.  
¿Cómo podría, si no lo salgo buscar?  
Me asedian hambrientos desvelos de imperiosa perversidad.  
Moro en la cueva de litúrgicos tapices de fresa,  
entre obsesivo y banquete y remisa escoba,

entre el olvido de mis deberes y una larga mesa.  
El ocaso se derrama sobre el cielo de las vigas  
mientras mi aliento besa el cristal delgado,  
y la mirada a morir se arroja, cada día.

JOAQUÍN IGNACIO TORO MATURANA

## **Décimas de la pandemia**

I

Detuve mi andar feliz  
Me puse a mirar pa' tras  
Seguro te acordarás  
De aquella tu cicatriz  
Que llegó hasta la raíz  
Desa vida que llevabas  
Con la cual tú caminabas  
Frente en alto, andar sereno  
Presente y porvenir bueno  
Que de un soplo se te acaba.

II

Llegó como de repente  
En un virus convertido  
Cobarde el aparecido  
De figura repelente  
Ni siquiera fue valiente  
Pa' mostrarse así tal cual  
Él sabía que era un mal  
Y atacaba traicionero  
Yo que siempre fui guerrero  
La lucha fue desigual.

### III

La voz de la autoridad  
Nos puso limitaciones  
Miles de prohibiciones  
Y mucha calamidad  
Poca salubridad  
De todo se desconfía  
Y aunque mucha teoría  
Se alerta a la población  
No se pide la opinión  
Aquí ya no hay mayoría.

### IV

La exigencia viene clara  
Dejamos de ser gregarios  
Debemos ser solitarios  
Cual si el mundo se acabara  
Que nadie se impacientara  
De tanta cruel ordenanza  
Se gana la semejanza  
Al andar enmascarados  
Todo es virtual, alejado  
Ya triunfa la desconfianza.

### V

Se venía bien oscuro  
Y mortal el panorama  
La vida ya era una trama

De porvenir inseguro  
Y aunque fuera prematuro  
Ser hombre tan negativo  
Pensé que era destructivo  
Este virus muy letal  
Que de forma tan brutal  
Mataba lo sustantivo.

## VI

Y en lo peor deste trance  
Con trabajo ques escazo  
Vienen de golpe y porrazo  
Pa' ponernos mas percance  
Cual si fuera un buen romance  
Como al preso que condena  
Como el hambre que da pena  
Sin bolsillo que resista  
Hay que ser malabarista  
Pa' guantar la cuarentena.

## VII

No hay mal que dure cien años  
Ni tantos que lo aguantemos  
Será entonces que miremos  
Dejando de ser rebaño  
Vamos peldaño a peldaño  
Despertando del mal sueño  
Pongámosle buen empeño  
En quitarnos la amargura

Y agreguémosle dulzura  
Que nada nos frunza el ceño.

VIII

Ya se fue la enfermedad  
A recuperarse luego  
Con total desasosiego  
Salir de la oscuridad  
Traer la movilidad  
Que la pandemia robó  
Y que a muchos ahogó  
Que vuelva la mano amiga  
Que llegue el beso que obliga  
Porque la vida volvió.

JOSÉ ABELARDO RUIZ QUINTEROS

## Testigo

Vi mañanas girando  
Como luces estroboscópicas

Vi horas perdiendo  
La cuenta de sí mismas

Vi días desquiciadamente rutinarios  
Convertirse en días normales

Vi espejos huyendo  
De su propio eco

Vi libros abiertos como gaviotas  
O refugios ofreciendo guarida

Vi crepúsculos agobiantes  
Clavándose como puñales al horizonte

Vi el cuadrado ojo de la noche  
Enmarcar inagotables desvelos

Vi mi cama gélida  
Casi infinita como el mar

Vi palabras como miedo y angustia  
Caer como estacas sobre mi frente

Vi todo eso y más  
Vívidamente  
Para volver  
Para volver a ver  
Para volver a ver la vida  
Para volver a vivir esta vida

JOSÉ LUIS REVECO JAÑA

## VI

Todo lo que me había resultado incomprendible hasta ese momento se estaba convirtiendo en realidad y la inquietud se apoderó de mí en señal de protesta, en contra de lo que se consideraba ficticio. Siento una carencia, me siento apretado, pero estoy en mi balcón, solo frente al mundo, fuera del mundo, en un mundo intermedio. Otra vez soñé que el amor era sencillo y sólo terminé siendo un sinónimo de incertidumbre. ¿Qué significaba conocerte? Me gira la mirada y en mi imaginación aún estás esperándome recostada de lado, con las manos entre tus muslos y tu sonrisa. El espejismo se disfrazó de un gesto tibio que era antes de este mundo. Tu atávica facción se disipó frente a mí en la dilatación de mi mirada y todo volvió al latido de un mar en el que no sabía nadar. Sólo quedaba hacerme entender que era una más de esas figuras perdidas en el paisaje que compartía con tu recuerdo.

JOSÉ MIGUEL IGNACIO HENRÍQUEZ FLORES

## Cada noche

Me desperté dormido. Miré el reloj. 4:32 decían los números digitales. Era AM. Me levanté de la cama con energía limitada y carente de dirección, estirando los brazos al contacto de una respuesta. El despertador sonó luego en medio de un sueño, de esos que uno no recuerda.

Llevo 123 días en cuarentena contados a diario en un despertar común cada día.

Intento instalarme en el computador. Soy parte de una llamada clase media urbana de la capital. Tengo educación, pero no bienes. Sí recursos, inútiles en este encierro.

Voy a barrer la vereda. Es temprano y la ciudad no despierta, menos en estas condiciones. Sólo pasan desolados los vehículos de la rigurosidad. Menos de los habituales, más de los que deberían pasar.

Las hojas de plátano oriental, secas y café, empastaron el suelo del concreto gris. Es como si el viento silbara la desolación de una pandemia compleja en la que pocos irrespetan lo que muchos involuntariamente acatan. Se siente un respiro de decepción y de incertidumbre.

No veo a otros humanos en ese pasar. Mas me deja esa sensación de normalización, falsa calma.

Entré sin lista de planes del día. Intento cumplir las condiciones, pero los permisos no permiten mi movimiento.

Podría haber una bonificación a los responsables, pero no. No funciona así, es la pata coja de una mesa artesanal.

Corrió el día y yo, con mis brazos estirados, en el frío escritorio de vidrio. Hasta que termino la jornada, otra vez. Me acuesto con mis pensamientos: abundantes y disparatados imaginando ciencia ficción en el realismo más brutal que nos domina.

Pero mi criterio se confunde. Pienso malas cosas de buena gente y buenas cosas de mala gente. La voluntad perdida en una repetición de escenas inalterables ante la desgracia.

Cierro los ojos pensando en un mañana mejor. Quizás menos afectado.

No sé qué hora es. Mi celular, que me pareció imprescindible una vez, está reposando con pantalla negra en un sillón más allá. Por cierto, la hora pasó de ser un referente. Ahora es como un símbolo de algo que se recuerda en una añoranza mental.

El pie izquierdo gira inquieto bajo las sábanas. El inconsciente, a sabiendas del confinamiento, me prevé de una nueva noche de martirio. Caí, desatendiendo esos mensajes en el cansancio del ocio.

Eran las dos veintidós esta vez, cuando el actuar de mis párpados cortaron el placer de la vigilia.

JOSÉ TOMÁS FERRETTI FERNÁNDEZ

## Sin molestar

Los otros no importaban. Como tantos, vivía su vida a concho. Desde siempre sólo sus cosas. Por eso se marchó de su lugar de origen y jamás volvió. El presente era su ego, sus ganas y su desprecio por quien se atreviera a interferir en su vida sin explícito permiso. Incluso allí había límites. Vivía bien. El Estado le había apoyado en sus estudios superiores y hoy, más allá de la deuda eterna con el banco, tenía buen pasar. No molestaba a nadie en el viejo piso que alquilaba, a un módico precio, al sur de la Plaza Baquedano. El Parque Bustamante era su caminata habitual, pues evitaba el transporte público, a menos de que fuera necesario.

Fue el último de nueve hermanos, allá por el Norte Chico. Sus padres decían que era privilegiado, pues no conoció las pellejerías que vivieron los mayores. Pero sí se daba cuenta de las limitaciones, esforzándose más para que esa pobreza, si bien tolerable, no le alcanzara en el camino trazado. Creció estudiando y viendo el mundo desde el cine, la televisión y revistas con fotografías que le producían toda suerte de sentimientos contradictorios y, sin saber, enajenantes. Cuando llegó a la Universidad todo ya estaba definido.

Pudo haber sido el mejor de su clase, pero no se privó de vivir su vida universitaria a concho. El primer lugar

o las notas siete no definían nada. Tuvo razón. Su vida la sentía perfecta. Se vinculaba con pocas personas, y menos con vecinos. No le importaban. Y, sin saludar jamás, creía no molestar. Vivió el estallido social cual mal necesario, y la pandemia lo sorprendió lo justo para sentir que al fin la ciudad descansaba. Ya no tendría que soportar más tanto escándalo y vergüenza ajena de cara al mundo que veía, con asombro, salir a flote la mugre de Chile, esa que el sistema escondía por décadas bajo la alfombra.

Siguió su vida normal. Dejó de ver a sus cercanos, compró lo necesario y, ya en casa, hizo la pega desde teletrabajo, cuestión no ajena del todo. Su mundo seguía bien, hasta que una noche se despertó casi sin poder respirar y con el cuerpo inerte y sin fuerza. Intentó levantarse. No pudo. La cama ahora era un foso profundo que lo retenía contra su voluntad. Sus pulmones no respondían. No había nadie a quien llamar. Apenas la soledad lo acompañó hasta su muerte.

JUAN CARLOS VEGAS HEREDIA

## Examen

Es de noche. La señal de internet funciona mejor que durante el día. También hay silencio. Aprovecho ese momento para revisar los últimos detalles de mi defensa de tesis, de buscar cualquier falta de ortografía que se me haya escapado. El cuerpo me ruega que vaya a dormir. Lo desobedezco. Pongo a hervir agua para hacerme un café. Voy al baño a mojar me la cara. El espejo me devuelve un rostro con marcadas ojeras y escleróticas rojas por tantas horas frente a la pantalla.

En un esfuerzo inútil por ganarle la batalla a Morfeo, bebo varias tazas del negro brebaje mientras miro las diapositivas. Me traslado al mundo de los sueños. En esa realidad Murphy también tiene razón. Al momento de rendir mi examen el Wi-fi tambalea. Los profesores me dicen que se escucha entrecortado, que me van a llamar de nuevo. No hay caso. Mejor lo dejamos para otro día, indican, que no me preocupe. Les agradezco la comprensión. Tengo que ahogar un grito de enojo. Para qué molestarme en tener la cuenta del internet al día. Me despierto. El computador entró en suspensión. Los dos necesitamos un descanso. Decido irme a la cama.

El gran día llega. Me visto con una camisa y debajo mi pantalón de buzo favorito. La Comisión se conecta a la

plataforma. Mientras presento, miro cada vez que puedo el ícono de acceso a internet en la esquina de la pantalla. La Comisión delibera. Nota máxima. Quiero saltar de la alegría. No lo hago. No quiero que se vea el buzo. Los docentes me felicitan y se desconectan.

Pienso en que, si fueran otras las circunstancias, ahora estaría recibiendo los abrazos de amigos y familiares.

JULIO HUMBERTO MANDUJANO BARRA

## Sacar la basura

Salgo a sacar la basura del edificio tres veces por semana. No hay conserjes. Alguien debe hacerlo. Me propuse como único voluntario porque no tenía nada más que hacer. Estaba sin trabajo y los días se desencajaban por completo sin una obligación, sin la inercia de un deber forzado.

Salgo a la calle con los tachos en un horario cercano al toque de queda. Afuera no hay ruido, no hay nadie. Ese mismo tiempo desencajado que me aterra dentro del departamento es un umbral en el exterior. Es como estar debajo del agua sin tener que aguantar la respiración.

Los gatos son los únicos que interrumpen esa tranquilidad. Chillan esporádicamente o se pasean indiferentes por el medio de la calle.

Los gatos no están en cuarentena. O sí, lo están, escondidos en casas viejas o abandonadas de los alrededores del edificio. Y la rompen cuando me ven a mí romperla. Cuando me ven con mis torpes artefactos rompiendo la burbuja de silencio, que sólo ellos pueden reventar, con sus maullidos que parecen llantos de guaguas. Se sientan en medio de la calle bajo la luz cambiante de los semáforos de la esquina.

Los veo pasearse como dueños de la ciudad que ya no es de nadie porque no hay nadie y vuelve a mí la vieja rabia. La de saber que pude haber renunciado antes de que me

echaran, de que siempre se puede hacer algo más por uno. Al menos más que aferrarse a una tabla y flotar a la deriva.

Ahora floto a la deriva abrazado a esta basura ajena, a estos libros abiertos de las vidas de mis vecinos llenos de botellas de espumante, cajas de artículos eléctricos o consolas o computadores, de pizzas familiares, bolsas de papel reutilizables llenas de envases de yogurt o de latas o de botellas de cerveza. Vidas llenas que se vacían en los tachos para volver a llenarse y vaciarse. Para recobrar algo de normalidad.

Los gatos me ven sacar la basura, no sé si con curiosidad o compasión o indiferencia. Maúllan y chillan como guaguas declarando su dominio absoluto de las calles vacías. Llenan la calle con ese ruido. Y me vacían con ese llamado desde el otro lado de la calle, en las casas vacías, las construcciones paradas. Me saco los guantes, la mascarilla y entro a ese espacio negro y me siento bienvenido a mi nueva normalidad.

JULIO IGNACIO GUTIÉRREZ GARCÍA-HUIDOBRO

## Viva

Tuve que convencerlas. No todos los días entra a la veterinaria una tipa despeinada, con la mascarilla hecha una represa conteniendo mocos, lágrimas y con un hámster tieso y empolvado metido en el pecho del chaleco. Por favor, ayúdeme, le dije a las dos chicas de la recepción. Mi hija creyó que estaba muerto, lo enterró hace una o dos horas. Lo había encontrado helado en su jaula, inmóvil... no había nada que hacer.

No me había atrevido a mirarlo, pero su papá sí, confirmando la noticia: la mascota de la niña ya no estaba con vida. Ella perdió el control. Nos concentramos en contenerla, explicarle que la muerte es parte de la vida. Pero la pena de una niña perdiendo su mascota es desbordante, incontable. Sólo podíamos abrazarla, no había espacio para nada más.

En unos minutos ellos partirían para pasar una semana juntos, luego de un mes de distanciamiento físico por cuarentena. Ella pidió enterrarlo antes de partir, ponerle un fin. El cierre necesario ante el apuro del permiso de traslado para visitas de regímenes parentales. Y así lo hicimos, lo enterramos rápidamente, ella se fue y era la razón por la que yo estaba ahí, junto a la tumba, abatida, resignada, respetuosa junto al animal, aconteciendo en solitario su despedida.

Trataba de imaginar las posibles causas de su muerte. ¿Y si lo contagié yo? Me sentí ignorante y responsable o ignorante y culpable, que es como mejor queda el resultado de esa combinación. Hablé con una amiga veterinaria, pero me negó la hipótesis. Tras lo que validé solo mi primer dueto de adjetivos.

No debí regalarle un hámster...

En eso estaba, observando y acariciando la pequeña loma de tierra que había quedado tras su precaria sepultura, cuando vi que la tierra crujió. La tierra se movió porque algo debajo de ella suspiraba cuando yo, conformista y desdichadamente la rozaba...

No me contuve y arranqué de las manos del polvo al animal, mientras profanaba también el ideal del sepulcro. Su cuerpo no se movía, no respiraba. ¿Es que acaso ni la muerte la podría respetar? Ignorante podría ser, pero no culpable, sospeché. Así que me metí al animal entre las ropas y corrí hasta la Alameda para tomar el primer taxi que vi. Segura de que si llegaba con un animal muerto no habría historia que valiera más. Sería sólo yo y el animal arrancado de su tumba. Tenían que creerme.

Al terminar este ciclo narrativo, el hámster ya había recibido tres inyecciones de reanimación, quince minutos de calefacción y masajes cardíacos, a los cuales respondió moviendo sus pequeñas patitas. Después de una hora de microtrabajo de joyería, la pequeña roedora (sí, era chica, no chico como creíamos hasta este punto), abrió los ojos y salió de su particular estado de shock; un paro respiratorio era el origen de toda esta burtoniana experiencia. Con Lazarilla

viva, y el permiso para pasear mascotas, nos salvamos de una posible multa de vuelta.

KARIN MABEL ASTUDILLO SÁNCHEZ

## Antes del Coronavirus

Cuando hayan pasado años y yo esté en un búnker junto a cinco adultos desconocidos y un niño huérfano, turnándonos para hacer guardia, ir al río a buscar agua y chequear las redes de pesca. Cuando tenga que recoger leña y saber hacer trampas para pájaros y comer insectos. Cuando tengamos un solo libro en el búnker que ya todos nos sabemos de memoria y a veces cambiamos el final para no volvernos locos. Cuando los olores corporales sean algo secundario y la estética y la higiene no sean importantes. Cuando mis dientes estén amarillos y el huérfano no sepa cómo era la Tierra antes del Coronavirus y me pregunte: “¿qué estaba haciendo el gobierno mientras ocurría todo eso?”. Yo le responderé: “estaban votando por la Ley del Sticker” y le pegaré uno imaginario en la frente y nos reiremos. Él porque lo encontró gracioso y yo porque ya me volví loca.

KARLA KAUFFMANN FIGUEROA

## Soñar

Despierto cansado y con sueño, como si hubiera dormido dos horas, cuando en realidad fueron 10. Intento sumergirme en mis pensamientos mientras me pierdo en el mosaico de mi pared, pero incluso eso es difícil bajo el bullicio de las peleas de mi casa y los balazos de las otras. Salgo al patio y veo a mi vecina con una olla y su hijo jugando con una ramita entre el denso frío, ambos esperando su turno en la sede de al lado para poder comer.

Mientras tomamos once se escuchan petardos y se corta la luz: “¡trae las velas!”, me grita mi mamá desesperada bajo los gritos de la gente suplicando por ayuda, mientras se oyen las sirenas de la represión.

No queda otra que acostarnos e intentar dormir mientras se siente la tensión en el ambiente. Ojalá pudieran entender que la gente necesita comer. Miro la hora, son las tres de la madrugada y pienso mientras veo el humo en la ventana desvaneciéndose. Cierro mis ojos mientras se humedecen y me pregunto: ¿cuándo se acabará?

Despierto y aún no acaba. Quizás dormir es mi excusa para poder soñar otra realidad donde no exista el sufrimiento y el aislamiento.

Veo el techo mientras me convengo de que soy adicto a soñar.

KEVIN NICOLÁS VERGARA NAVARRETE

## El gato de Maite

Maite es mi pequeña hija de 5 años. El tiempo se le hizo tan eterno en esta cuarentena que se aburría de ver televisión. Entre sus ideas fugaces, tomó la caja de beneficios del gobierno y le armó una casita a su gato Estrellita, quien la miraba a lo lejos como sabiendo lo que venía. Maite sujetó a su gata entre los brazos, la dejó dentro de la caja con agua y comida, además de unos juguetes. Fue muy considerada ella. Por su parte, la gata ya resignada se quedó quieta, como si la estuviese acechando un perro gigante, y funcionó al amén del juego.

Todo iba bien dependiendo de donde lo mirásemos, tan así que la gata, no menos hábil y ya abrumada por el juego, aprovechó un descuido de Maite y, de un salto a una velocidad comparable a la de un jet privado, estaba en los techos mirando al cielo y recordándonos que está hecha para ser libre. Por mi parte descuidé una risa disimulada y pensé “por fin terminó el confinamiento”.

LEANDRO ANDRÉS AMPUERO NILO

## Quizás una esperanza

Ciento cincuenta días de confinamiento perseguidos en mi casa por un cuerpo extraño, con una forma circunferencial, con hermosos arcos, que parecen flechas que apuntan hacia todos los confines de nuestros órganos interiores, pasando por las cavidades exteriores de nuestros cuerpos. Tiempo ilimitado para pensar en quiénes fuimos, dónde estuvimos, cuál fue nuestra primera Universidad (en mi caso la UTE), gracias a un período olvidado en la memoria de algunos, vigente en otros. Caminar en este espacio que conduce a muchas historias del pasado que cuando trabajábamos estuvieron cerradas, y que hoy se abren a cada momento, por las noches de silencio, por el toque de queda programado para nosotros, la música que escuchamos como a un Sergey Chekalin, embriagada de gozo infinito, ya que nos conduce a partes insospechadas, han hecho de mi vida inconclusa completar espacios, reducir ansiedades, equilibrar mis pensamientos, convirtiendo la oquedad en una fuente cristalina de aguas prístinas bajadas de nuestra cordillera. El bicho está presente, observé con pavor el aniquilamiento de seres lejanos —pero que fueron mis compatriotas—, cómo partieron a los estadios donde ya no se cuenta la historia y empieza aquello que llamamos infinitud. En las noches de desvelos, pensé mil veces en los dolientes que no pudieron

apretar la mano, de ese ser que se fue ahogado sin poder sacar su respiración. El bicho como un ser orgánico unicelular, sin conciencia de su depredadora existencia, que se ha llevado infinitas muertes de todas las edades más, por cierto, de los ancianos y ancianas. Una, impotente, quisiera obtener respuestas para hacerse una idea de la fuerza de la banal maldad, ¿pero contra quién pelear? Traducir todas las interrogantes que se hacen en nuestra mente es seguir ahogándose en ese lagar vacío que algún meteorito otrora existió. Los días pasan con singular sintonía con un compás de marcha infinita, con regulares pasos, sin extravío, siempre en uniformidad. Busco mi ansiada libertad y mantengo un diálogo con un organismo infectante, y pido desde la intimidad de mi ser que no infecte a los que amo; por cierto, a mí tampoco. En esa ingenua prevalencia de querer resguardarse de un naufragio desesperado y poco alentador, pienso a menudo en los cesantes, en los niños sin pan, porque la madre no tiene cómo atender esas necesidades básicas entre las miles de madres solteras que poblaron este Chile y que hoy se encuentran en la anomia.

LIBERTAD FRANCO ÁLVAREZ

## Horneando una crisis

Diferente a lo que estoy acostumbrada, en este tiempo he adoptado la práctica de siempre rescatar lo positivo de las situaciones, esas situaciones que te hacen volver a cuestionarte momentos, respuestas, decisiones, actitudes. Hoy es uno de esos días en que, aunque se vuelve imposible, trato de ver el lado positivo —creo que debería ser obligación para todos—. Durante esta cuarentena he pasado por miles de emociones, he hecho y desecho cosas, pero lo he logrado superar sumergiéndome en la cocina, explorando ese espacio que consideraba lejano a mi rutina, un nuevo *hobby* que distrae mis pensamientos de lo que sucede afuera.

Hoy quiero darles una receta, un tanto única, un tanto especial. Es la mezcla perfecta entre caos y malas decisiones, una especie de mala combinación astral, como cuando te dicen que libra y capricornio no compatibilizan, pero sucede igual.

### Ingredientes:

- 1 taza de estudiante recién egresada y cesante.
- 1 taza de pandemia mundial.
- ½ taza de madre sin poder trabajar.
- ½ taza de hermano con contrato suspendido.
- ½ taza de padre en cuarentena por edad.
- 1 ½ taza de Ministro incompetente.

- 30 grs de pánico colectivo.
- 2 cucharaditas de crisis económica.
- 10 grs de dignidad.
- 5 gotitas de paciencia (a gusto).

\*En estos tiempos es importante mantener la limpieza, sugiero mucho cloro, jabón y papel higiénico.

Preparación:

Mezclar todos los ingredientes en un bowl y manos a la masa. Si falta humedad se puede agregar el aumento de gastos básicos.

Finalmente, espolvorear declaraciones del presidente y sus ministros. Y listo, puede estar en 14 días o 28 días o 4 meses, va a depender del tipo de horno.

Al degustar esta preparación experimentarán una montaña rusa de emociones y sensaciones, en las cuales la desigualdad social será protagonista principal.

Sin olvidar todas las personas que sufren y han sufrido por esta pandemia, no todo ha sido tan malo para mí. Existe una parte buena de este horneado y es la unión que he logrado con mi familia, a esa que veía ocasionalmente una comida al día o simplemente dos horas en la noche antes de dormir. Ahora por obligación debemos estar juntos, compartir espacios, caracteres, discusiones, malos y buenos días, pero al final del día juntos refugiarnos de esta indeseable situación.

LINDA TAMARA MORALES VALVERDE

## Amor en cuarentena

Imprudente e insensato  
como lluvia en el desierto.  
Intimaste en nuestras calles  
mas no privas de sentir.  
La distancia entre las flores  
no obedece algún patrón  
como tu alma con la mía  
que se arriman sin razón.

El invierno reaparece  
y no estoy bajo la lluvia,  
la postal ahora es mi cuarto  
con tu foto en la pared.  
Mi insomnio es en tu sueño  
el descanso en el papel  
porque si no estas te pienso  
eres la tinta del pincel.

Esto es parte de la historia  
si se escribe que sea en versos  
para dar otro matiz  
aunque se escriba al reverso.  
La nuestra es la portada

la sonrisa aquí se estrena,  
a través de una pantalla.  
Esto es amor en cuarentena.

LUKAS CARREÑO ABOGASI

## Ruido blanco

Ahora que el timbre del colegio se oxida, el tráfico gotea, los oficinistas toman café en sus livings y yo, al fin, tengo tiempo de poner oreja: el ruido estrena nuevo horario.

A las una y quince irrumpe mi sueño un convoy de verdemosgos. A las once con veinticuatro me visitan los pájaros. Un cuarto para las nueve campaneá la Iglesia vacía. Día sí y día también, rugen los motores de repartidores. Ciertas noches, oigo el silbido acusador a un perro rebelde. Algunos sábados, un organillero movido por el hambre. Domingos, la gozosa cama vecina.

Hoy un cof, cof demasiado cerca.

Catorce días después, el pitido de un cacharro.

Silencio.

MACARENA PAZ LOBOS MARTÍNEZ

## Rutinas del dolor

El encierro revivió en menos de una semana los dolores y viejos rencores que guardábamos a flor de piel. La rutina diaria y la vida fuera de casa nos impedían verlos, conviáramos con los recuerdos en armonía pues no había que hacerles frente. Bastaron, sin embargo, un par de días para desarmar la ilusión de familia que teníamos.

Comenzó con insultos y llanto a puerta cerrada.

Luego, vino el silencio.

No hablamos en mes y medio, esquivando las miradas una de la otra. Me dije a mí misma que apenas pudiera escaparía de ahí. Y no hablé más. Guardar la voz por siempre para que ya nunca pudieran hacerme daño. Pero las circunstancias obligan al trabajo conjunto en el hogar, por ende, dialogar, la división de tareas necesaria para no sobrecargar a unos, igualdad que debiese aplicarse al país. Sí, también peleamos por política.

El cinismo de ella, sacrifica sus valores con tal de mantener la paz familiar, y yo, sin soportar tanta mentira pública, tanta desfachatez gubernamental, tampoco aguanto a mis padres que viven aterrados de la división política del país. Recuerdos del dolor pre y post dictatorial, se enfrasan en la supuesta democracia y compran todo lo que la tele señala. Todo esta bien. Somos una familia feliz. Clase media a la

que no le faltaron problemas económicos. Somos una familia feliz. ¡Qué alegría pasar tanto tiempo juntos al fin!

Silencio. Sólo hay silencio en mí. No tengo nada que compartir. La rutina desgastante me deja agotada, día, noche, día, noche, siempre igual. Sólo el frío avanza, acumulándose junto a la angustia de saber que quedan dos, tres meses más en este encierro. En este encierro con ellos, repasando el daño hecho, voluntario, involuntario, ¿qué más da? A cada palabra suya viene un recuerdo, esos ojos de repulsión con que ella me miraba, se repiten rápidos en el presente y yo me quedo ausente, dialogando con el pasado que se repite en un ciclo eterno. Día, noche, día, noche, siempre igual.

Juro en cualquier momento voy a estallar.

Día, noche, silencio. Día, noche, siempre igual. Y extraño la rutina pulverizante del trabajo, que nos dejaba agotados, sin energías para pelear. El pasado no hace daño si no hay tiempo para recordar.

Día, noche, silencio. Día, noche, siempre igual. Pasado, presente mezclados.

Futuro, ya no hay.

Día, noche, mezclados.

Día, noche, siempre igual.

MAGDALENA ANDREA BUNSTER DRAPELA

## Amargo subconsciente

Desde que empezó la cuarentena, muchas veces he soñado con las personas que más extraño y posibles escenarios de una vuelta a la vida exterior.

Esta vez, la historia era que volvía a la universidad a encontrarme con mis amigos y amigas. También estaba “él”, pero extrañamente multiplicado por cuatro. Sospecho que era uno por cada personalidad que demostró tener. Las cuatro versiones nos buscaban e insistían a todos para saludarlo. Como si nada hubiese pasado. Era invasivo y actuaba normal, incluso más seguro de sí mismo que antes.

Nadie atinaba a nada.

No es primera vez que aparece. Ni soy la primera de mi grupo de amigos y amigas que sueña con “él”. Supongo que es parte de la vida y del subconsciente soñar con personas que alguna vez quisiste, independiente del daño. Y, especialmente en cuarentena, en que los sueños son el único escape de esta realidad tan asfixiante, y expresan, aunque no siempre, nuestros deseos y temores.

Se sentía muy real. El tacto, las emociones. Los cálidos abrazos que nos dimos. También esos besos, más cargados que nunca de tanto extrañarnos. Pero mi sistema digestivo mental me traicionó y pude sentir cómo “él” hacía ese gesto de “amiga” que acostumbraba a hacer, el de saludarme

mientras tomaba mis manos, cruzando sus dedos fríos con los míos. Era evidente la incomodidad, el malestar, nuestra pena. ¿Miedo quizás? Eso manifestaban los rostros que recuerdo.

Era latente su cinismo, mi nerviosismo y rabia por no atreverme a enfrentarlo y decirle todo lo que pensábamos. Quería que supiera que nos habíamos dado cuenta de lo que hizo, por más que intentó disfrazarlo con sus historias llenas de romanticismo. La impotencia por tener que actuar como que nunca pasó lo que había pasado, se quedó en mí, incluso luego de ese agobiante “castigo onírico”. Arruinó una de las pocas experiencias satisfactorias que podía tener en cuarentena. Quiero creer que de forma involuntaria.

Lo sentí todo. Y aún lo siento escribiendo esto.

Desperté y el reloj casi no había avanzado. Logré dormir treinta minutos exactos.

Muy poco tiempo para algo que, si bien trajo sensaciones tan bonitas que extraño, como sentir el cuerpo y la presencia de las personas que quiero, también desbordó en lo angustiante e intenso. Media hora para sentir tanto, después de meses de encierro sintiendo nada.

MAKARENA CELEDÓN JORQUERA

## He aquí

Nadie dijo que sería fácil. En más de cuatro meses he visto pasar mi vida a través de innumerables recuerdos e incansables memorias. Me he columpiado de nuevo en los atisbos de mi infancia. He sentido el palpitar de mi corazón en viejos amores y amigos que no regresaron. He experimentado el insomnio y el miedo en la misma sinfonía. He llorado cada lágrima de quienes no he podido abrazar y he temido perder. He conocido facetas de mi personalidad que me retratan frente al espejo sin más ropa que el abrigo de mi piel. He decidido dejar atrás oscuros túneles que solo aparecen en tiempos difíciles. He entregado mi alma al hombre que amo para situarla en el equilibrio de una paz que solo él me hace sentir. He liberado mis emociones sin enjuiciarlas ni avergonzarlas entre ellas. He extrañado la calidez de los abrazos maternos. He desafiado al miedo enfrentándolo a vivir conmigo mismo, sin excesos ni adicciones, solo con el respiro diario. He ordenado mis pensamientos en una torre que a veces cae y he vuelto a armar, como cuando era niño. He abandonado y adquirido hábitos, enfrentándome de pie y sin claudicar a la faz más misteriosa de nuevas motivaciones. He puesto los ojos en cada sentimiento de un mundo derribado. He aquí, con mi esencia inamovible y un nuevo comienzo que atesoro.

MANUEL ALONSO SAN MARTÍN HERNÁNDEZ

## **Deshoras caninas**

Tirado en la cama, y la falta de cariño hizo que meta a mi perrito dentro de casa. Tres años pasando frío, cariños a la pasada, comida en el plato y listo. La falta de cariño se expresa en la necesidad de cariño. Y ahora a los pies de la cama siento el pequeño ronquido. ¿Quién se podría molestar?

Los perros expresan el propósito de la vida: amar y ser amados.

¿Que más necesita uno que el amor? Porque después viene todo, comida, abrigo, cariños, preocupación... En fin, el gobierno tiene mucho que aprender de los perros.

MANUEL MANQUE HUAIQUIVIL

## Trece días sin ti. La intersección vacía

1.808 mensajes de 80 conversaciones. Me gusta el 8. Esas son las cifras que me arrojó como represa abierta el WhatsApp, luego de 13 días de estar bloqueado. El domingo 5 de julio, me bajó la rabia por el estado de cuarentena total en Valparaíso, en la tercera semana de esta, luego del peor manejo mundial de la crisis sanitaria o Tercera Guerra Mundial Biológica, como insisto en llamarla. Y salí sin permiso. Había estado de bajísimo ánimo todo el día por una noticia que me había dado mi hijo el día anterior. El fruto no cae lejos del árbol que lo germinó. Callo boca, entonces. Cerca de las cinco, me duché: sana terapia higiénica que inicia todo movimiento. Salí furiosa, cerca. En Valparaíso todo está medio encima. Fui a buscar unos buzos overoles que se están confeccionando.

Así había partido el *confinement*, en marzo, colaborando con tres mujeres avizorando que las secuelas del desempleo sí se veían venir galopando a campo traviesa. Una en Santiago, dos en cerros porteños. Ninguna se conocía entre sí. Y ahí vino el *atto fallito*. Dejé el celular en el auto, cerré las puertas y una debió quedar abierta. Total sólo serían 5 minutos. Olvidé a Víctor y cooperé.

120 días activando una olla común de moros y cristianos en Barrio Almendral; los overoles Trinacrio (le tenemos

cuatro tallas, paleta de 12 colores, tela antibacteriana, antiagua, antiabatimiento y resistencia garantizada). Las ayudas vinculando vecines, empujando para no seguir perdiendo más de las 21 mil frazadas que gestó un pastor luterano del Cerro La Cruz, apoyando a locatarios del Barrio Puerto que pasaron pidiendo por la calle, y la frustración de no encontrar una Alejandra Matus porteña para contar cómo nos violaron sexual, psicológica, económica y físicamente los hombres nuevos que nunca llegaron. Pero no estamos solas. El flagelo es pandemia global patriarcal, así lo cantaron al mundo LasTesis, y en Turquía siete mujeres cumplen cárcel por la osadía. Toda mi intimidad al descubierto. Uso la bendita conexión al sexto continente sin clave. Como la economía chilena, abierta total. Trece días comprobando que el S.O.S. ya no es la exclamación de auxilio universal ni en lo familiar, laboral, ni en apoyo místico. Todos con fallas de conexión. La intersección vacía. No como las lechugas que cultivo en el departamento sólo porque ya me hablan.

MARCELA REINOSO

## No y que

Es noche de domingo, escucho las quejas de mi hija, que a sus tiernos siete años dice llorando que ya no la “pesco” en la semana, que ya no soy como antes. La abrazo fuerte hasta que se queda dormida. Quizás soñará con los juegos junto a sus amigas en el colegio, o nuestras salidas a la plaza cuando volvía del trabajo, o tal vez se acordará cuando estar en la casa era equivalente a jugar o reír.

Mientras ella se acomoda para seguir durmiendo, pienso en lo que viene: el mismo despertar repetido cual rotativo antiguo, la conexión a las clases en línea mientras tengo que revisar un informe o estoy en alguna de las tantas reuniones virtuales que aparecieron sin respetar horarios. Veo su carita pidiendo tiempo para jugar y mi respuesta: NO PUEDO, quizás en un rato; más tarde, que tengo que cuidar el trabajo pequeña; que tras que, tratando de hacerla entender, tratando de hacerme entender, tratando de convencerme de que es lo correcto, que tengo suerte de tener trabajo.

Es el tiempo de NO y QUE. No grites que necesito concentración. No te salgas de la clase que la profesora trabajó mucho para ti. No puedes salir a jugar que tengo reunión.

No hija, no, estoy cansado, perdón.

MARCELO PADILLA

## Los primeros cinco minutos

Y, bueno, otro día más ante mi computador, ya... Lo enciendo, verifico si tengo la cámara prendida y el micrófono abierto, todo OK; ahora, mi mejor sonrisa y actitud... ¡Cámara y acción! “Buenos días, chicos, ¿qué tal?, ¿cómo va todo?”. Algunos saludan, otros se están recién conectando; veo al despeinado y somnoliento V.L.; seguramente después del mensaje que envié a sus padres porque no se estaba conectando a las clases virtuales, ni mandando sus tareas, lo han obligado a presentarse en la clase hoy. ¡Pobre! Me enternece su resignación tristonca que puedo percibir a través de esos rulos que le caen sobre la cara. Constató que no ha entrado el peine en ese pelo por varios días... “Para mí tampoco ha sido fácil”, les digo, “créanme, todos hemos tenido que adaptarnos a esta nueva modalidad de aprendizaje, a este encierro, a no poder ver a nuestros seres queridos”. He logrado atraer su atención y noto que me miran con empatía. Veo recién conectándose a C.S. preocupada y dando excusas por el atraso. “Disculpe, profe, es que...”, la interrumpo. “Está bien, C. Lo importante es que estás aquí”. Me sonrío agradecida. Observo que J.P. no ha encendido su cámara. Lo interpeleo: “es bueno vernos, chicos”. Oigo a J.P. que dice: “Disculpe, profe, es que tengo el pelo muy largo y me da vergüenza que me vean así”. “Que se ponga un

gorro”, sugiere uno. M.Z. sonrío burlona. Le digo que no se preocupe, que muchos no hemos podido ir a la peluquería. Enciende su cámara y cierto, no se ve nada bien, tiene una melena terrible. Hago como si nada. Miro expresamente a X.C.: no sonrío. Claro, su abuela falleció recientemente en el Norte por este “maldito bicho”; para peor, su madre ha caído en una profunda depresión pues no ha podido ir a despedirse de ella, ¡es muy triste! No quisiera estar en su situación. Si algo ocurriera a mamá y no pudiera ir a verla, ¡sería horrible! Uf, mejor no pensar en eso ahora. La felicito por haber hecho un buen trabajo en su última tarea, lo cual la anima, y esboza una leve sonrisa. Sé que el estar aquí le hace bien; el contacto con sus compañeros, aunque sea por cámara, es mejor que nada. A todos nos hace bien, me incluye. Y, a continuar así, hasta nuevo aviso. “Bueno, chicos, comencemos...”.

MARCIA ESPINOZA SALAS

## Compañeras

Cocino esta rutina con cariño, la corto en trocitos y la disfrazo de novedad para que no te atragantes.

Juegas absolutamente abstraída del territorio en el que aterrizaste a hacer la vida; deslizas tu elefante celeste por la alfombra y recuerdo nuestro octubre cerrando los ventanales para que la fetidez inmoral de una lacrimógena no apagara tus sonrisas. Ahora, meses después, en este océano de incertidumbre, abrimos juntas las ventanas a pesar del frío, para que nos llegue con el viento algo de libertad.

Se redujo tanto tu universo, hija mía, a estas cuatro paredes amadas que nos abrigan y nos acogen. Cuelgo en los muros caballos de colores disfrazando el papel mural amarillado por el tiempo, y bailamos juntas al ritmo de las pequeñas y grandes adversidades que nos ha traído esta temporalidad agridulce.

A veces decaigo, es cierto, me visita una oscura desazón por no haber sido amada, por el trabajo que no tengo, por mi familia tan lejos, por la mezquindad del mundo entero. Pero apareces tú con tu sonrisa de dientes recién estrenados, a darme un abrazo fugaz como vuelo de colibrí y agradezco la felicidad de acunarte, de cantar para ti, de mostrarte el mundo, aunque de momento, sea desde nuestra ventana.

Es entonces cuando vuelvo, con ánimos renovados, a llevar la tediosa rutina a la cocina, dispuesta a cocinarla y convertirla en algo extraordinario.

MARÍA ANGÉLICA TAPIA PÉREZ

## **Crónicas del encierro, día tres: “Mientras”**

Mientras el mundo se prepara para resistir una hecatombe microscópica que promete arrasar con la poca cordura que (me) queda, la esperanza de que todo sea una exageración se desvanece frente a su figura, pequeña y austera.

Tiene corona y un reino que se extiende más allá de lo imaginable, justo donde la locura y la muerte empiezan a ser indistinguibles.

Mientras abstenerse es ley, mi transgresión es no abstenerme de escribir insensateces, mi transgresión es arrinconar la desidia que brota incansablemente de mi lengua para que no se transforme en dichos inútiles, en palabras gastadas de tanto pronunciarlas.

Mientras los números se multiplican y el pánico encabeza el ranking de los temas más escuchados, las calles se preparan para no ser pisadas, los muros para descansar de la tinta y los árboles para hacerle sombra a nada más que a su sombra.

Mientras se amotinan mis silencios y pestañeo furiosa, me pronuncio con mis manos, perdón si hay manchones, no son lágrimas, es jabón y agua, perdón si no hay papel, no hay papel de ningún tipo...

En esta tarde de pandemia calurosa, el viento también resopla perdido buscando algo que mover con su espasmo, no sabe que tiene prohibido trasladarse.

Tampoco sabe la lluvia que es debido presentarse, ni la vida que ahora mismo puede acabarse; si se muere la tierra que espera la lluvia, si se enferma la historia que cuenta la vida.

MARÍA CELESTE ORTIGOZA

## Tarjeta bip

Un día mi tarjeta bip ya no tuvo valor, estaba cargada pero no la podía usar para dirigirme al colegio donde durante 25 años hice clases.

Era verdad estaba confinada en un departamento con mi marido, mis dos hijas adultas y además un computador desconocido en mi vida laboral.

Así en el confinamiento comencé a impartir clases online sin saber como ingresar a la plataforma. Primero, vi muchos tutoriales, que no podía retener tan información, mi vida había cambiado, lo que siempre había realizado durante años ya no servía. Entre llanto y desesperación comencé a conectarme, mis colegas jóvenes fueron mis mejores guías.

Los días comenzaron a ser más largos realizando planificaciones y vídeos interminables, pero aprendiendo las nuevas tecnologías.

También a través de la cámara he sido una contenedora emocional de esos pequeños ojitos transparente que me esperan día a día.

Paralelo vida familiar sin ver a personas amadas durante meses, ver la miseria y egoísmo de muchos.

Pero debo decir que no ha sido fácil, pero soy fuerte, estoy sana y tengo mucha esperanza que todo saldrá bien. Solo puedo decir que extrañó los recreos en el colegio.

Espero poder pronto volver a usar mi tarjeta bip con ruta a mi vida cotidiana llena de risas de niños.

MARÍA DANIELA GARRIDO SEPÚLVEDA

## Pensamiento

Todo partió con una suspensión temporal de clases, posteriormente se decretó cuarentena total por siete días en la ciudad de Osorno; de eso ya son casi cuatro meses. Somos un matrimonio de profesores con dos hijos adolescentes, un perro y dos gatos.

¿Cómo vive una familia el encierro? Con sentimientos encontrados; felicidad por estar todos reunidos (aunque sea una locura), miedo a contagiarse, también con sueños rotos. Benjamín, mi hijo de 14 años, quien pertenece al equipo de basquetbol “Los Toros Osorno”, es un adolescente que soñaba con su gran debut en primera división, vive la frustración de no poder jugar. Pascal, una adolescente que deseaba una gran piyamada en el día de su cumpleaños, terminó con un solo invitado, su primo Alonso, y sin la posibilidad de practicar su deporte favorito: el patinaje.

Mientras Facebook nos bombardea con noticias poco alentadoras, una mezcla de miedo y desesperanza aumenta cada día. No sabemos qué pasará, si alguien de la familia morirá y tendremos que enterrarlo en soledad. Cuando la muerte acecha todo deja de ser importante. Hay días en que me emociono viendo zapatos, luego pienso, “no los necesito, ya que hago clases online y me visto sólo para arriba jjajaja”.

Para mi cumpleaños soplamos la torta que envió mi cuñada. Fue una oportunidad para hacer algo distinto, ya que a medida que los días y semanas transcurren, las rutinas se hacen presentes. Cada uno se levanta para tomar o dar clases, mis hijos participan a través de la plataforma Zoom, mientras que mi esposo y yo estamos al frente de la clase, en una extenuante labor, que combinamos con preparar los alimentos, limpiar la casa, poner la mesa, lavar la ropa, etc.

He pasado por muchos procesos: deseos de escapar, felicidad, angustia, miedo; al final, resignación. ¿Qué vamos a hacer? Me respondo, “estamos vivos, eso es lo más importante”.

Si tuviera que sacar algo en blanco, diría que toda experiencia tortuosa tiene un lado positivo. Agradezco el tiempo con mis hijos y mi compañero de vida, el tener la oportunidad de compartir momentos, como sentarnos para almorzar todos juntos (acto que estaba relegado para el día domingo), anécdotas, acontecimientos que no volverán como dice el poema de Gustavo Adolfo Becker: volverán las oscuras golondrinas... ésas ¡no volverán! Sólo queda mirar el vaso medio lleno para poder enfrentar cada mañana con optimismo y gratitud.

MARÍA EUGENIA GARRIDO ALVARADO

## Viaje al inframundo

Estoy preparada. Cubro mi rostro para resistir el azufre, las cenizas y otras pestes infernales. Emprendo mi odisea.

Bajo y bajo escaleras entre muros estrechos, formando una espiral. Me adentro en la oscuridad. No puedo fallar en esta misión, mas debo convencer al feroz guardia, ese perro de tres cabezas y cola de serpiente, para entrar al inframundo. Es peligroso, pero si todo sale bien estaré muy pronto de vuelta en la tierra de los vivos. Mientras desciendo, preparo mis palabras.

“Oh, can Cerbero, permíteme la entrada a los infiernos. No romperé las reglas de Hades y saldré antes de que canten los gallos”.

“Vengo de las alturas, donde el tiempo es eterno. Allá los días son siempre iguales, y todos nosotros, poco a poco, envejecemos”.

“Los espectros de mis padres han aparecido frente a mí, pero no puedo tocarlos, no puedo sentirlos. Permíteme entrar a los infiernos y responder a su llamado”.

He llegado a las profundidades. Me acerco al temible can Cerbero.

—Don Luis, ¿tiene el recibo de los gastos comunes del 2205?

—¡Señorita Carla! Casi no la reconozco con la mascarilla. Aquí tiene. ¿Cómo están sus papitos?

—Bien, justo ahora voy a su casa a dejarles unas cositas. En la mañana hablamos por videollamada y me contaron

que están cortos de comida, pero prefiero ir yo para que no salgan...

—Claro, qué bueno que los ayude usted... ¿Sacó permiso, cierto? Mire que están fiscalizando que se cumpla la cuarentena.

—Sí, acá lo tengo.

—Ya pues. Vaya con cuidado, no se vaya a contagiar.

La reja se abre rechinando. Me adentro en los infiernos.

MARIANA ARDILES THONET

## Turno veinticuatro tres

Por años estuve convencida de que no éramos indispensables. De pronto yo, inexperta, desorientada y llena de miedos, soy fundamental. Me convocan para cubrir turnos de veinticuatro horas con tres días de descanso, en una UCI de hospital. Vengo de un consultorio periférico, aclaro. En esta guerra, los soldados han caído en combate y ahora, por muchas metralletas que traigan, no van a existir las que sepan manejar el armamento, grita de pasada la jefa de piso. Cubierta por una bata plástica sobre la ropa de pabellón, sudo como caballo carretonero. La mascarilla no me deja respirar, el protector frontal se empaña y el gorro no evita que la transpiración me resbale por las sienes. Los guantes me quedan chicos, están macerando mis manos. Plantada frente a los tres enfermos asignados, que parecen estar muertos, porque están conectados y sedados, siento el corazón en los pies. Me urjo por memorizar su historial clínico: patologías previas, patología actual, medicación, dosis, ritmo de infusión, vías de canalización. Trato de recordar algo de las clases de farmacología que hace... ¡horror, han pasado cinco años desde que egresé! Intento adivinar cuál de los veinte diferentes medicamentos que se les administran se pueden introducir por la misma vía y cuáles no. Son drogas peligrosísimas. Todo es luces, alarmas, tubos y vías.

Sé que la enfermera jefa y sus colegas me enseñarán sobre la marcha y en la medida de lo posible. Ellas aprendieron de otras mayores que les enseñaron con dedicación y paciencia. Tras año o más de estudio y práctica de hospital, pudieron ser llamadas especialistas en UCI. Llevo horas respirando este aire calefaccionado, no sé si es de día o ya anocheció, si está nublado o llueve. Pienso en que estas tres vidas dependen de mí, de que no vaya a meter la pata. Quiero olvidar las funestas ideas que pueblan mis pensamientos y, por eso, me obligo a recordar algo que me sea grato. Entonces, aparece mi consultorio en medio del campo, el recorrido de los veintitantos kilómetros mirando los sembrados, la cordillera, las nubes, respirando ese aire puro. Siento la presión de las lágrimas en los ojos. Quiero llorar por esos tiempos insustanciales, pero me aguanto.

MARISOL ESPINOSA RAMELLI

## Carta de un perro en cuarentena

Dedicado a todos los animales que perdieron a sus amos.

Querido amo, hoy el señor padre no ha sacado el auto para irse al trabajo y me he quedado sin mi pan de las mañanas. Me he dado cuenta de que algunas cosas han cambiado en estos días. Una pregunta: ¿ustedes tienen una moda nueva? Esas cosas que llevan en sus caras son horribles, aunque sólo se las ponen para salir de casa. ¿Será que es parecido a cuando me colocas el arnés para salir a pasear? Si es así, ¡que suertudos! Yo extraño salir al parque junto a ti, ustedes son muy extraños...

Hoy me senté en la entrada para ver la gente pasar, ni siquiera se asomó un niño para ladrar, aunque sea un poquito, ¿estarán hibernando? Porque de veras no entiendo el porqué no pasa ni un alma por nuestro pasaje. ¡Ya sé!, me tienen tanto miedo que rodean la cuadra para transitar. ¿De verdad que soy un buen chico? Te protegeré a ti y a la familia, no te preocupes.

Amo, hoy he pasado por tu cuarto para saludar. ¿Dónde estás? Los demás ni siquiera han salido de la casa en estos días. ¿Estás de viaje otra vez? Si es así, ojalá vuelvas pronto. Madre y yo te extrañamos un montón. Han traído un mueble nuevo a casa, era largo y estaba enrollado con mucho papel transparente. Madre estaba llorando, ¿acaso ese

mueble trae consigo tanta pena? La casa se ha vuelto gris, ojalá estuvieses aquí para hacerme feliz.

No entiendo qué ha pasado. Desde que ya no estás en casa un silencio se ha apoderado de ella. Si estás molesto conmigo por algo que hice, lo lamento tanto, nunca fue mi intención hacerte enojar, eres todo lo que amo en esta vida, por favor no me dejes aquí, te prometo que cambiaré.

Querido amo... anoche volví a soñar contigo. No he parado de pensar en ti en cada segundo de mi existencia. No te preocupes, sea donde sea estaré junto a ti, sólo déjame encontrarte... por favor, no permitiré que el tiempo borre tu recuerdo de mi alma. Sea donde estés, te encontraré... donde sea.

“Si para nosotros el hecho de tener un Dios es símbolo de esperanza, para los ojos de un perro su amo es su mundo. Sin él, su fe en la vida desaparece”.

MATÍAS LEONARDO ARANDA POLANCO

## Luz

Algo sorprendente, que ni siquiera imaginé en sueños, está sucediendo. La peste acecha la ciudad y debo esconderme para que no ser atrapada pero, ¿por cuánto tiempo? El destino lo dirá.

Empieza el juego de las escondidas y preparo un refugio seguro en casa. Harina, papel higiénico, internet y vino acompañarán la espera.

Algo urgente requiere mi salida, así que me mimetizo con el resto de los transeúntes, cubriendo mi cara y mis manos, y llevando sólo lo imprescindible conmigo. Agudizo todos los sentidos para poder advertir su presencia y alcanzar a escapar antes de ser atrapada. Regreso segura a casa, sin embargo, entiendo que no puedo repetir la hazaña.

Durante este encierro, la imaginación empieza a florecer. Con sus colores y encantos me lleva a conocer mundos que no había explorado. Empiezo espolvoreando un poco de harina, termino decorando un pastel, cada día descubro nuevas habilidades. Sin embargo, al poco tiempo, ya no encuentro satisfacción en ello.

La ansiedad y las ganas de volver a mi mundo se apoderan de mí. Muchas ideas pasean por mi mente, pero sé que son todas arriesgadas. Si trato de escapar, la peste me atrapará.

Trato de calmarme un poco, respiro, medito, escribo, pero no, al poco rato el caos vuelve a invadirme. ¿Y si salgo no más? Mi camuflaje es casi perfecto, pero el “casi” conlleva un riesgo. Elimino esos pensamientos y trato de concentrarme en otra cosa.

La memoria me sorprende. Empiezo a recordar todo lo que siempre quise hacer, pero nunca hice. Retomo el estudio, la lectura, el análisis, la contemplación de la vida y, ¿saben qué?, ¡me encanta! Por primera vez siento que una luz tenue se enciende dentro de mí.

Poco a poco empiezo a despojarme de las pesadas mochilas que acarreo día a día: chao miedo, chao inseguridades, chao dolor. ¿Por qué tardé tanto en alivianar mi paso? Bueno, más vale tarde que nunca, ¿o no? Aquí estoy, olvidándome de la peste y entregándole todo mi ser a lo que me hace sentir plena, lo que me hace feliz. ¿Quién hubiese pensado que esta mujer controladora y atormentada estaría viviendo su mejor momento gracias a la poderosa peste?

Olvido lo que ocurre en el exterior y doy vuelta la mirada hacia mí y vibro y vivo. Ya no quiero salir.

A veces son los peores miedos los que nos hacen descubrir la verdadera esencia de nuestra existencia.

MAUREEB GRIFFITHS HURTADO

## Domingo ocho de marzo

Santiago era protagonista de un aire que evocaba un montón de emociones. Era el día de la marcha más grande que había vivido Chile en el marco del día internacional de la mujer trabajadora. Las noticias del día, que mostraban un centro de Santiago que se desbordaba de lucha y vientos de cambio, se mezclaban con imágenes que llegaban desde China. Pero ¡claro! ¿Qué nos iba a preocupar un virus chino en esta larga y angosta faja de tierra? Entrada la noche me alistaba para ir a bailar salsa de domingo. Durante el verano casi se había vuelto un ritual. Todo listo: camisa puesta, un poquito de perfume y la aplicación del celu indicándome el precio del viaje desde Renca al Barrio Bellavista. Me siento en el sillón para presionar “aceptar viaje”.

Al otro día, despierto resfriado. Con un poco de cargo de conciencia por no haber salido la noche anterior, pero el dolor de cuerpo fue mayor. En esa condición fui durante dos días a trabajar, hasta que uno de mis jefes me dice, “¡Oye! ¿Tú no venís llegando desde fuera del país?”. Algo así. Hace dos semanas había llegado desde Uruguay. Me solicitaron que fuera de urgencia del SAR. Entro al centro de salud sin calibrar mucho la situación y digo en el mesón: “Vengo por sospecha de coronavirus”, en voz muy baja, no quería generar alarma. La persona del mesón no me escuchó bien por lo

cual tuve que elevar la voz. Bastó que lo repitiera unos cuantos decibeles más alto, para que saltaran tres paramédicos, que me pasaron una mascarilla y me hicieron pasar al “box de aislamiento”. De inmediato, entraron dos doctores vestidos de astronautas —no era común en ese momento ver esos trajes en la calle—, hablando con ese acento que dan ganas de ponerse a bailar. Me interrogaron en profundidad. Como no tenía fiebre y en Uruguay no había contagios en ese entonces no me aplicaron el test. El día once de marzo me mandaron para la casa. Ya han pasado más de cuatro meses encerrado en mi habitación: trabajo, descanso, amistad, carretes, trabajo, sueño, placer, familia, trabajo, dormir, se mezclan en los nueve metros cuadrados de mi habitación. Aunque lo mejor son los torneos de carioca junto a la familia. Anoche completamos un cuaderno con resultados. Luego de cuatro meses, no he podido armar las cuatro escalas.

MIGUEL ÁNGEL REYES GÓMEZ

## La libertad en calabozo

Todo este encierro tiene un costo, involuntariamente, lo pagamos con las sensaciones y pensamientos. Reflexionando, me imaginé al final de la pandemia con mucho cambio o tal vez siendo el mismo, total ¿en qué me puedo llegar a diferenciar sino es superficialmente? Sonará irrelevante o poco auténtico, pero sé que algunos dirán otro existencialista con una tinta depresiva. Porque, con toda sinceridad, las desgracias me regalan aquella emoción ausente; pueden estar llenas de tristeza o amor, pero están, y una insignificante vuelta a la normalidad no creo que pueda ofrecerme algo con honesta originalidad.

Este relato nació de una muda desesperación que antes permanecía en mi cabeza y, ahora, entre las cuatro paredes de mi casa. Durante las noches, para pasar las horas, me acostumbré a cantar al cielo desde mi ventana, porque obviamente no podré llegar más lejos, pero es la manera en que dejaré mis melodías vivas a esta romántica tempestad.

Mientras escribo llueve, y puede ser que la lluvia sea lo más cercano al amor que tendré en esta pandemia. Me conmueve aquella doncella centellante de sonidos constantes que te acogen, envuelven y son capaces de transportarte a lugares lejanos, con sensaciones especiales y cuestionamientos

exóticos... La lluvia tiene ese poder, esa magia y ese truco que hace olvidar hasta la profunda melancolía.

Los meses de encierro me han de comunicar lo baladí que ha sido mi vida, y me cuestiono, ¿quién se robó mis años? Siempre termino con una mínima sonrisa en el rostro, ya que el único culpable he sido yo.

Ahora, no todo es malo, debo agradecer al coronavirus, que me hizo dar con la respuesta del indispensable anhelo de tener una vida perfecta porque, para que el tiempo fuera ideal, sólo debía incluir el eterno abrazo de mamá y el del jardín de alegrías de quienes nunca te dejarán de amar.

Es raro que entre tan poco espacio se mezclen cantidades monumentales de pensamientos y, aunque no me mueva, me traslado a momentos hermosos y a otros que no tanto. Porque la cuarentena habrá sido muchas veces un calabozo del que es fácil escapar, pero también el cielo de mi reflexión.

Por último, quisiera agradecerle al Flaco y a Charly por acompañarme en todos estos momentos de escritura. Sus bandas eternas y sus letras regalan esperanzas de todo tipo, incluso, las de seguir viviendo.

NICOLÁS TILLERIA LEYTON

## Dentro de mi guarida

Todos nos alejamos un viernes trece. Qué ironía que me encanten las películas de terror y que nuestras vidas se hayan transformado en un *film* de este peculiar género del cine, desde esa fecha. Las puertas se cerraron en nuestras narices y está prohibido abrirlas, por lo que me tuve que crear una rutina.

Ejercicio: sudar y apenas respirar se ha convertido en el enemigo de mi ansiedad e inquietud. Cuando mi cuerpo sufre, mis músculos se tensan y mi corazón se acelera. Casi se me olvida que han pasado cuatro meses.

Estudiar: es difícil concentrarse. ¿Dónde quedó nuestro futuro? Supongo que sólo a mi cerebro le encanta la idea de ojear mis lecturas obligatorias.

Comer: mientras yo como, otros pasan hambre.

Tomar agua: se supone que mantiene mi organismo funcionando. Y si estoy todo el día sentada, ¿igual lo necesitaré?

Leer: escapar de la realidad.

Tocar guitarra: me gustaría ser experta, usar la terraza como escenario y cantarles a mis vecinos. Quizás la música es lo único que nos mantiene cuerdos.

Ver televisión: no las noticias porque me duele el estómago y el pecho... qué se puede hacer salvo ver películas sobre cómo cantan los del grupo "La máquina de hacer pájaros".

Nos apuntamos con el dedo, está prohibido ser feliz, pero al mismo tiempo, ¿cómo es posible serlo? Con la sonrisa de mi mamá, el abrazo de mi pololo, el ronroneo de mi gato, las risas de mi hermana y la voz de los que amo y están lejos.

Cuando salgo a la calle tengo miedo, más del que usualmente tenía cuando no existía el virus. La gente tiene hambre, la gente tiene temor y eso los acarrea a dejarse llevar. La incertidumbre hace eco en mi mente.

Hay días en que me gusta imaginar que los muebles, las tazas y mis zapatos me hablan. Dicen que respire hondo y que todo va a estar bien, que soy una persona afortunada porque no tengo hambre, no tengo frío, sin embargo, es inevitable dejarse llevar por las paredes. Las paredes son las enemigas en mi imaginación y murmuran todo lo contrario.

Los rayos del Sol no entran por mi ventana, pero sueño que sí lo hacen y siento su calor sobre mi piel que con el pasar de los meses perdió su color.

Miro a mi gato, ronronea y no tiene idea.

NICOLE ELISE POLANCO ZIJL

## Este es el mejor año

“Este es el mejor año de mi vida”, me repito mientras me peino. “Un poco difícil y enredado, pero pronto alisará. Ahí sí”.

Me falta un poco de Sol, pienso. Ando como medio blancucha. Por Dios, y las ojeras que tengo... Es que, además, con el frío que hace no distingo el día de la noche. Debería abrir un poquito las cortinas. Más encima vivir en una casa tan helada. Es que el gas no dura.

Ahora que estoy en la cama, recuerdo los primeros días del coronavirus. Yo, buscando una colonia porque quería andar un poquito perfumada, no encontré ninguna. La gente la usaba como si fuera alcohol... Y para qué decir de la masiva compra de papel higiénico. Nunca entendí para qué compraban tanto.

Bueno, no sé por qué me vine a la cama. Debe ser la inercia. Mejor me voy al sillón, al menos así no será tanto pecado y caminaré un poquito (dicen que bajar las escaleras sirve como ejercicio).

A veces creo que, si no fuera porque mi casa es chica, pasaría más frío. Gracias al pan, mi casa es realmente acogedora. El horno, una maravilla; sin él pasaría hambre y frío. Lástima que las únicas que disfrutamos de esto somos mi gata y yo.

El celular, en cambio, bah, invento nefasto. No puedo despegarme ni un solo momento de él; no porque no quiera, no... es que... el trabajo. Da lo mismo la hora, parece que la gente no entiende que desde las seis de la tarde tengo vida, si es que se le puede llamar así.

¡Cómo extraño ser estudiante! Al menos así dormía más; me entretenía leyendo las novelas que pedían los profesores... ¡Ahora yo soy la profesora!

Profesora. Me gusta que me digan así. Igual me canso. Sí, es que realmente eso de las videollamadas... Siendo yo tan joven y no saber usar unas aplicaciones. Bueno, pero los niños me ayudan. Tan amables...

No me quiero ni acordar que no sabía poner audio en Zoom: tuve que dar mi defensa de tesis por esa aplicación. Pava, no pedí ayuda antes. Bueno, al menos resultó todo bien.

No sé, yo creo que al final, con este encierro aprendí a valorar mi casa, mi vida y el aprender cosas nuevas. O sea, igual puedo decir que este es el mejor año que he tenido.

NOEMÍ FRANCISCA HUINCA GONZÁLEZ

## **Doble encierro de origen mitocondrial**

Era la segunda semana de marzo 2020, y llegamos desde Coyhaique a Santiago, después de unas semanas compartiendo en familia. En el avión había algunos pasajeros con mascarillas y un dejo de preocupación en el ambiente.

La salud de mi hija de 21 años se había debilitado mucho desde enero, debido a que su enfermedad base había acelerado su velocidad de destrucción. Sólo quería llevarla luego donde su equipo médico para saber qué hacer. Pero no alcanzamos a ir porque a la semana siguiente declararon cuarentena en Santiago Centro.

Crisis de angustia, debilidad extrema, dolor agudo de sus extremidades, hicieron de los primeros meses de encierro un infierno. Durmiendo poco y viendo como, lentamente, se iba apagando: primero en energía, después en fuerza. Tampoco pudo seguir con sus sesiones de kinesiología y eso facilitó el que se debilitara más.

Sufríamos porque no queríamos exponerla, ya que en su caso sólo bastaba un resfrío para que termine hospitalizada. Pero cuando ya se le hizo complejo el respirar, y casi al borde del desmayo, tuvimos que salir. La doctora nunca la había visto tan mal, ordenó unos exámenes y nos dijo que necesitaba urgentemente un ventilador mecánico no invasivo, que tenía debilidad en sus pulmones y no estaban

recibiendo el suficiente aire. Pasaron dos días antes de que lo pudiéramos conseguir.

Mientras todos los ventiladores mecánicos se relacionaban con el COVID en estos días, ella, paciente portadora de una enfermedad de origen mitocondrial (como dice el informe que le redactó su doctora) también necesitaba uno.

Todas las noches, una mascarilla que cubre boca y nariz y que tiene una manguera como de aspiradora, la conecta al equipo que la ayuda a respirar y siento cómo infla su tórax y después baja, inhala y exhala. Y así llegó el día en el que se acostumbró y pasó a ser su BFF (*best friend forever*), como me dijo una tarde, con su gracia de siempre, cuando quería dormir siesta.

Ya han pasado dos meses con el ventilador y está mucho mejor. Ahora tiene hospitalización domiciliaria y eso ha evitado que tenga que ir a algún centro de salud.

Nos volvió el alma al cuerpo y de nuevo ha regresado la esperanza, aquella en la que la vemos de nuevo feliz, caminando, viajando, haciendo videos que tanto le gustaban y disfrutando la vida, esta vez, sin COVID en el ambiente.

NORMA EDITH MANSILLA SANDOVAL

## Cuerpos delimitados

Por la ventana, el Sol aparece tan quieto como las vidas en circuitos cerrados que hoy experimentamos. Mi mente, aun más maquinada que antes del cierre definitivo del portón, ahora es tan parecida a la arquitectura de la casa, en esas líneas que se trazan como emulando el tráfico de las calles. Noto que el espíritu no se posa tan lejos del hogar y que los muebles te habitan tanto como tú a ellos. Tristemente reposo la intuición de que la absurda posición del cuerpo civilizado ante la naturaleza es parecida a la de la carne liberada contra los muros. Pero como en todo absurdo florece la voluntad más verdadera, me siento todos los días a la mesa y observo a mi madre como si estuviera pintando su retrato y a mis hermanos tratando de retener su juventud para esos días en el futuro.

Me confundo con mis deseos y la obra germina tan adentro y tan demoleadora que pienso fundirme en el lenguaje en cada torpe, nerviosa pincelada. Enfrío algunos delirios con el amor que separa aquella ciudad hecha incógnita y la pulsión más infantil de dominar, por una vez, ese cerro que, majestuoso, se burla tras la pandereta que divide tantos mundos.

El exterior es tan solo la estela que dejan los autos al olvidar constantemente su suelo, solitarias sirenas que rellenan

las fachadas hechas eco y una que otra bala, que espero sea proferida hacia los confines del espacio. Y así, la imperturbable brisa de la carretera rebota en tantas caras que extraño.

Las estaciones suceden en el interior: mientras el calor se despide surcando los continentes, el frío se deposita en mi cuarto, guardado entre las sombras. Mientras las hojas ejecutan su caer milenario, aterrizan en mi torso detenido. Mientras la lluvia alimenta los grandes prados, las plantas del patio se contentan y, mientras espero que broten las primeras flores, las horas se acumulan.

PABLO ANDRÉS GONZÁLEZ CHAMACA

## Redescubrimirme(nos)

Estoy encerrada desde el domingo 15 de marzo. Vivo sola, en un departamento del barrio Lastarria, de 47 mt<sup>2</sup> en Santiago Centro. No tengo trabajo remunerado.

Estar en cuarentena me ha significado valorar el momento presente, ese instante efímero, casi imperceptible. Quedarme aquí y ahora.

Estar en cuarentena me ha significado convivir conmigo, conocerme más, aprender a darme placer, aceptar mis emociones de enojo, rabia, pena y respetar mis tiempos y mi cuerpo.

Estar en cuarentena me ha significado descubrir talentos que desconocía, darle espacio en el aquí y ahora a aquella energía que por tanto mandato externo se había quedado escondida, aguardando en algún lugar, esperando el momento preciso para salir. Comencé a bordar de un día para otro y no he parado. Hilar hilos y colores, contar historias, plasmar significados en un micro universo.

Estar en cuarentena me ha significado aprender a pedir ayuda y, cuando llega, aceptarla. Aceptar feliz que mi papá me mande un poco de plata para pagar las cuentas o que cuando un amigo me avisa que me deja algo afuera de la puerta, agradecer y abrazarlo (imaginariamente).

Estar en cuarentena me ha significado rehabilitar mi casa. Valorar el Sol norte que entra fuerte por la ventana, encontrar rincones que no había visto antes en estos 13 años.

Estar en cuarentena me ha significado conocer a mis vecinos del edificio, preguntar si alguien necesita algo y ver, dentro de mis posibilidades, como puedo ayudar. Cuando voy al supermercado, comprar para dos, apoyar a los más viejos en el pago de cuentas. Ya nos conocemos, sabemos nuestros nombres e historias.

Estar en cuarentena me ha significado reconocer que nos necesitamos más que nunca, repasar por qué estallamos en octubre, que la lucha vale la pena, que nos encontramos para no soltarnos, que despertamos, que perdimos el miedo, que somos grandes, fuertes y podemos cambiar el rumbo de este país, incluso desde una pantalla.

PAULA SIERRALTA ROLDÁN

## Crónica

El gallo había cantado. No una, sino muchas veces. Durante casi toda la pandemia lo venía haciendo y otros gallos también se habían sumado. Lo hacían nueve veces al día, pues el mensaje debía llegar a todos. Era un llamado oficial y exigía la participación obligatoria de cada representante. Es que no querían que faltara nadie: ninguna. Así llegaron todas a Cañicú a la asamblea extraordinaria de la ANGP: Asociación Nacional de Gallinas Ponedoras.

—¡Hemos sido informadas! —aleteó una sobre un ponedero— Se han aprovechado de nosotras y, arbitrariamente, subieron el precio de nuestros huevos en un 66% durante la pandemia.

—¡No pongamos más! —gritó una.

—¡Huelga de cloacas cerradas! —gritó otra.

La gallina trató de poner plumas frías, pero el averío estaba molesto. Discutían y se picoteaban, cuestionándose todo: la obediencia, su vida confinada, el hacinamiento y el abandono de su plumífera clase trabajadora. La frustración era colectiva y el cotorreo ensordecedor. La más vieja puso orden. Con su sola presencia en el ponedero, todas callaron. Les propuso un plan.

Con votación a ala alzada, decidieron esconder los huevos. A los pocos días, los medios hablaban de su escasez.

Pensaban que el virus también podría estar afectándolas y les enviaron veterinarios para averiguarlo. Ahí descubrieron la súbita verdad: estaban frente a una protesta.

El gobierno intervino y ellas cacarearon su petitorio: no más hacinamiento ni encierro; detener el sobreprecio de sus huevos, pues no había razón para ello; y, además, solicitaban el 10% de su producción. El gobierno no aceptó. Sólo ofreció pactos que las llevarían a dislocar su propio cuello. Entonces, cambiaron de idea. Diariamente, un par de huevos aparecía en cada hogar. La gente estaba contenta. Por fin recibían ayuda —decían— en toda esta incertidumbre. Los empresarios avicultores —sin ventas— pusieron al gobierno entre el corral y la pared, dificultándolo todo. Fue entonces, cuando el parlamento se hizo cargo, tomó las exigencias de la ANGP y las hizo ley: todos conformes. Si hasta el gobierno se subió al carro de la victoria.

En Cañicú, la más feliz de todas fue la gallina clueca que tejía en una esquina. Ahora vivía en un corral espacioso, tenía entre sus alas un porcentaje de su producción, podía empollar hasta escuchar el pío-pío de sus crías. Y, lo más importante, había una historia para contarle a sus polluelos: que gracias a la pandemia ahora su vida era más digna.

RAULO GUTIÉRREZ SAN MARTÍN

## El forastero

Cierto día, un desconocido me visitó y amablemente me preguntó:

—¿Trabajas en el río Rojo de Vida?

—Sí, también es mi hogar.

—Entonces debes conocer muy bien estas tierras, pues el río de vida llega a cada rincón del territorio.

—Efectivamente.

—Soy un viajero, vengo de zonas remotas, he visitado muchos puertos y en este puerto debo llegar a las dos torres. ¿Serías tan gentil de llevarme allá a través del río Rojo de Vida?

—¿Las dos torres? —dije extrañado, pues no entendí a qué se refería.

Sonrió y amigablemente dijo:

—Ustedes las llaman pulmones.

Ante tal amabilidad del forastero, no me pude negar, así que acepté.

—¿Cuál es tu ocupación? —me preguntó.

—Soy un guardián, mi tarea es proteger el territorio. Me llaman Glóbulo Blanco.

—¡Por supuesto, por eso vives en el río de vida y eliminas invasores nocivos!

—Y tu ocupación, ¿cuál es? —le pregunté.

—Soy un artista.

—¿Artista? ¿Qué clase de artista? ¿Escultor, pintor?

—De todo. Cuando visito nuevos territorios y realizo mi obra, esta supera cualquier obra realizada antes ahí.

Continuamos el viaje en silencio. El forastero veía como cada componente del territorio funcionaba perfectamente, permitiendo la vida. No me dijo su nombre, no le pregunté. No quise interrumpir al amable artista, tan diferente a los nocivos personajes que regularmente eliminaba en defensa del territorio.

Llegamos a destino. Se quedó contemplando las dos torres que imponentes se erguían ante nosotros.

—Ahora debo continuar solo, pronto podrás contemplar mi obra en todo su esplendor.

Y se alejó internándose en las torres. Esperé pacientemente. Horas después, regresó. Una triunfal expresión llenaba su rostro.

—He realizado mi obra. Ahora debo marcharme en busca de nuevos puertos para continuar mi misión.

Lo acompañé a la salida del territorio y se marchó volando en una esfera líquida.

Lleno de curiosidad, regresé a los pulmones. Quería ver su obra. Repentinamente todo empezó a cambiar: los pulmones colapsaban, cada rincón del territorio se ensombrecía, la luz de vida se extinguía. Este bello territorio que había protegido toda mi vida, diligentemente, empezaba a morir. Entonces, descubrí al forastero. Me había engañado, valiéndose de la mutación había ocultado su tenebrosa identidad. El amable artista era en verdad un asesino serial

llamado COVID-19, su obra era la destrucción del ser humano, sin distinción de raza, estatus o religión, partiendo por los insensatos e incautos que le permitían la entrada a su interior.

Yo también moría.

RICARDO LUNA BELMAE

## Cuarentena animal

Tuve una noche intranquila, ya que el silencio infinito de la misma pesaba sobre mi espíritu. Me despertó un alboroto de aleteo y sonidos extraños y, al asomarme al balcón de mi pieza, el patio de mi hogar estaba lleno de aves y animales.

—Buenos días, Beto. ¿Cómo has estado? —me habló el Puma.

—Creo que bien.

—¿Seguro que bien? —replicó el águila. Y el Zorro me dijo:

—Como te habrás dado cuenta, hemos recuperado nuestro espacio.

—Sí, supe que han bajado a la ciudad. Es por la cuarenta en la que nos encontramos. Y no sabemos cuándo terminará esta pandemia, pero me alegra que ustedes se puedan desplazar libres por los lugares que les pertenecen. Perdón por el daño que les hemos causado nosotros...

—¿Perdón por el daño causado? —dijo el Cóndor abalanzándose sobre mí—. Nos han exterminado a través de la cacería furtiva y vuestra arrogancia.

—¡¡¡No, tranquilo!!! —gritó el Puma.

—Yo estoy consciente de que hemos actuado mal contra la madre naturaleza y su fauna. Y entiendo vuestra molestia y rabia. De hecho, nuestro Dios dejó una sentencia hacia

el hombre, respecto a la destrucción de la creación... a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra.

El Búho dijo:

—Y que el fin de la humanidad está a la vuelta de la esquina, ¿lo sabes?

—Sí, lo sé —respondí mientras mi gata Carlota se unía a nuestro diálogo—. Pero

créanme que estoy siendo honesto con ustedes. Esta pandemia me hizo pensar que durante mucho tiempo ustedes estuvieron en una cuarentena animal.

—Sí, te creemos, Beto, sabemos que nos amas —replicó el Águila—. Gracias, amigo. Fue bueno hablar contigo. ¡Adiós!

—¿Y tienes Fe?

Lloré, mientras se iban libres. ¡Son mis hermanos menores!

ROBERTO JOSÉ MARTÍNEZ HERRERA

## No es lo mismo

Intento sentir calor, de ese calor bonito.  
Me recuesto y me envuelvo en las mantas,  
y sí, siento calor.  
Pero no es lo mismo.

Abrazo con fuerza mi almohada,  
mis peluches y libros favoritos,  
y siento calor.  
Pero no es lo mismo.

Me dirijo a la ducha y sale agua hirviendo,  
mi piel se quema envuelta en vapor, y suelto un suspiro.  
Siento calor, mucho calor.  
Esto es lo más cercano al ayer,  
pero no es lo mismo.

No es lo mismo porque  
tengo que quitarme las mantas,  
tengo que soltar mi almohada, mis peluches, mis libros  
favoritos.  
Tengo que cerrar la llave  
y quedo ahí, desnuda  
con ganas de un poquito, sólo un poquito de calidez.

ROCÍO CONSUELO ACEVEDO HORMAZÁBAL

## No soy un robot

Era un hecho: por más que las autoridades llamaran a la calma, el panorama resultaba ser demoledor. Así lo estaba viviendo Carmen, quien durante los últimos meses había visto derrumbarse el sueño de su pastelería.

Tantos años soportando labores precarias con tal de sacar adelante a su hija y, a la vez, ir juntando cada pesito disponible para destinarlo al ahorro de su proyecto. A sus cuarenta años, Carmen veía que aquella acogedora pastelería ubicada en una esquina del centro de la ciudad, se convertía en un espejismo.

Su comuna entró en cuarentena y ella en la desesperación. Valentina, su hija, había decidido recientemente congelar sus estudios universitarios, ya que prefirió ayudarla a encontrar alguna forma de salir a flote. A pesar de que su hija se mostraba decidida, Carmen seguía sin poder aceptar esta realidad que, una vez más, las ponía a prueba. Entonces, Valentina encendió el televisor. Ahí se encontró con la noticia de que la idea de sacar el 10% de su AFP se hacía cada vez más real, pero no quería ilusionarse.

Días más tarde, Carmen volvió a trabajar en sus preparaciones y Valentina se encargó de organizar los repartos. En eso estaban, cuando en las noticias vieron a un par de hombres influyentes diciendo que harían todo lo posible por

impedir que la gente sacara su 10%, ya que era una amenaza para el sistema y las futuras pensiones de la gente.

Ante la evidente incertidumbre de su madre, Valentina le sugirió que ingresaran a la página web de la AFP. Así, Carmen podría tener alguna idea de cuánto dinero podría obtener si esto resultaba. Sin embargo, nunca pudo acceder. Cada vez que llegaba a la confirmación que decía “No soy un robot” la página se caía. Era como si no le creyeran... ¿Y si realmente era un robot? ¿Y si todos los años que trabajó antes de cumplir su sueño la volvieron una autómatas, incapaz de conectarse con su sentir? ¿Hace cuánto no se daba una pausa para respirar profundo?

Esa noche las poblaciones se organizaron y salieron a protestar con sus mascarillas puestas. Hubo cacerolazos y barricadas en el sector. Madre e hija se unieron a sus vecinos, a pesar de la distancia. Carmen sostuvo su olla pequeña, comenzó a golpearla con fuerza y empezó a gritar reiteradamente: “¡No soy un robot!”. Su voz se hizo enorme y esperanzadora, en medio del fuego y los aplausos.

ROMINA ANAHÍ CERDA ALLENDE

## Salvaje juventud enmascarada

En un invierno lluvioso, la máscara me cubre la cara, me intenta cubrir los años y las tormentas internas. No es extraño que seque la tempestad. ¿Qué más cubre esta máscara? La juventud salvaje y agónica, que se asemeja a una fiera enardecida, casi al final del camino. La selvática armonía de la calle, pasos caídos y miradas escondidas. La cubre esta máscara, que se alarga a través de las raíces y perpetua el silencio de las ruedas de la vida.

Una nueva cepa familiar me invade el cuerpo, una identificación poco frecuente para el hombre latinoamericano, en general, y que acompaña a esta juventud desolada. Mantengo las horas despiertas y activas, mientras tanto, leyendo a un hombre frustrado que intenta conciliar una tregua.

¿Estamos en guerra? Con nuestra salvaje juventud.

Al final, me parece ver una luz que resuena en mis adentros como ruido de patriotas: “No olvide usar su mascarilla”.

SARA DE JESÚS SÁNCHEZ BAUZ

## Recordar

Atrapada en un bucle de tiempo, es como me siento. Todos los días son lunes en mi cabeza. En la sala de estar hay una caja parlante que transmite temor, inseguridad y tristeza; la caja proyecta cifras numéricas que aumentan cada vez más. El miedo al futuro, a lo que pueda o no suceder, se adhiere a mis huesos y es imposible ignorar la incertidumbre: puedo sentir como se escurre entre mis manos. Mi mamá hace que esta crisis sea más amena. Durante el día, apaga las voces que infunden temor y esparce su alegría acompañada con dulces melodías. Las noches son más duras, porque es cuando todo está en silencio. La melancolía hace acto de presencia y pienso en ti, pienso en cómo estarás sobrellevando toda esta situación y siento miedo de que seas parte de esa cifra. En un libro leí, “Recordar: del latín re-cordis, volver a pasar por el corazón”, y es precisamente lo que hago cuando me asomo por la ventana para admirar las estrellas, porque siempre es viernes en mi corazón, el último día que nos vimos.

SARAI ANDREA BERNAL VALDERRAMA

## En crisis

La estabilidad nos cegó  
Llegó la crisis y nos ahogó  
Nos pilló  
Ni nos avisó.  
¿Lo ves?  
Somos frágiles  
Somos vulnerables  
Somos inestables  
¿Lo comprendes?  
Somos meros mortales.  
Lo entiendo  
Son tiempos difíciles  
Son tiempos inciertos  
Sólo resiste, esto acabará  
Ya verás.  
¿Acabar la crisis?  
Tengo derecho a dudar  
Aunque no dudo  
Seguiremos siendo mortales  
Mortales con experticia  
Mortales con audacia.

SAVKA PEÑALOZA GONZÁLEZ

## La Pincoya resiste

¡Viva La Pincoya y su gente!  
Si alguien está en problemas  
siempre dicen, ¡presente!  
Frente al Covid-19,  
toda la solidaridad se mueve.  
Salen las canastas de mercadería  
y las ollas comunes durante el día,  
para combatir una nueva dictadura,  
al hambre y la cesantía.

SERYHO DANIEL ASTUDILLO ESPINOZA

## Micrófono silenciado

Sería inspirador que la cuarentena hubiese sido un espacio de encuentro interior. De grandes preguntas, de esas definitivas, categóricas, que entregan una orientación clara de lo que pasa y proyectan con calma lo que vendrá.

Pero no. Al momento de asistir a una nueva reunión vía Zoom, pienso que, de eso, poco y nada hay.

Muchas veces fabulamos sobre distopías lejanas, medias orwellianas, donde quedaremos, irremediabilmente, prisioneros de un ojo panóptico, propio del Foucault más descorazonado. Algo similar susurra este escenario. Porque escribimos, trabajamos y socializamos a través de estilizadas pantallas impersonales. Estas, con cautela, registran con eficiencia cada acción que ejecutamos.

Al fin, comenzó la reunión. Partimos opinando sobre el desolador escenario nacional, intercambiamos algunas frases rutinarias y, durante la conversación, percibimos nuestras propias caras en las pantallas, produciéndose un inquietante desdoblamiento.

En paralelo, mientras alguien habla con el audio algo desfazado, compañías segmentan nuestros patrones de conducta, registrando caras y palabras con sofisticadas tecnologías, lejanas a propiciar algún avance que mejorará nuestra calidad de vida. Sólo nos incluirán en bases de datos, para así vendernos estupideces irrelevantes.

Continúa la reunión de Zoom, iniciada hace diecisiete minutos. Quedan veintitrés disponibles del plan gratuito. En esta lenta cadencia hacia el final del diálogo, comienza a germinar una sensación de ausencia, de no estar realmente ahí, en ese espacio virtual con tiempo de expiración.

Me gustaría pensar que, en contrapartida, sigo acá: en esta silla algo desvencijada. En este improvisado espacio de trabajo y ajeno a ese entramado impersonal, enmarañado de una representación fantasmagórica de lo que supuestamente soy.

A modo de resistencia pírrica, pegué unos afiches olvidados como fondo de Zoom, tratando de proyectar un pedacito de lo que creo que aún soy. Pero, ¿qué pasaría si estuviese solamente en la reunión virtual? ¿Somos realmente lo que decimos que somos en ese lugar? ¿O seguimos acá, aún, pasmados en esta soledad pandémica?

Pareciera que residimos más en un periodo Huxley que Orwell, creando cadenas propias, asimilándolas sin resistencia a nuestra nueva normalidad, en la línea de la verborrea insensible de burócratas del marketing de escritorio.

La reunión sigue y me toca hablar. Trato de aportar algo que sume. No sé si lo consigo. Llevo dos minutos hablando, ya algo inspirado. Sin embargo, por el chat de Zoom me escriben algo devastador, que resquebrajó mi incipiente arenga. Tenía el micrófono silenciado: no se escuchó nada de lo que dije.

SIMÓN GUILLERMO PÉREZ SEBALLOS

## Hábitos

El encierro lo organizamos sin reglas impuestas, sin tener ninguna conversación al respecto de qué hacer durante este tiempo. La convivencia se da de forma natural, sin discusiones ni malos entendidos.

Compartimos los gustos referentes a comidas, información y ocio, en general. No discutimos, no hay momentos para conflictos, de hecho, ni siquiera existen oportunidades para compartir ideas.

Nos encargamos de ocupar todos los espacios del departamento. Cuando yo estoy en la cocina, está en alguna pieza; cuando estoy limpiando siento sus pasos en otro lugar. Cuando es hora de comer, no compartimos el momento y cada uno se encarga de lo suyo. No hay descanso en donde podamos reunirnos, ni siquiera de forma accidental. A veces despierto y me encuentro con sorpresas... los platos lavados o la ropa secándose en el tendedero.

El silencio cada día es más absorbente. No tengo necesidad de ocupar mi voz. Mi espacio se llena con esos atrevidos ecos que no respetan el confinamiento, el ruido de algún mueble al ser arrastrado en el departamento contiguo, el ladrido de un perro en la calle.

A pesar de sentir su compañía, no tengo recuerdo de su rostro. Creo haberlo visto en algún instante de algún día, perdido en la monotonía del encierro.

El calendario no nos indica nada, sólo números impresos sin ningún significado (ni siquiera los que están en rojo). No hay hitos importantes y debe ser por eso. Los calendarios este año cumplirán el record de terminar limpios, sin ningún rayado.

Cuando me surgen ganas de compartir algún pensamiento, espero que termine de hacer sus cosas. Me siento en el sofá, al lado del ventanal. Divago, distraído por la luz que traspasa aquel espacio; afuera las nubes, los edificios. Ese cuadro cotidiano, disipa mis ideas y mis pensamientos expiran, no puedo capturarlos, no puedo retenerlos, no me da el tiempo para verbalizarlos, dibujarlos, ni siquiera en frases. Las ganas de compartirlos desaparecen.

Mi compañía no llegó... nunca lo hace.

SIXTO GABRIEL MAULÍN GODOY

## Uno más

¿Qué día es? Llevar la cuenta del día que es, de cuántos han pasado, de cuántos llevo encerrada parece no tener sentido. El despertador suena, hay que levantarse y trabajar, porque no importa estar en la mitad de una pandemia, la productividad sigue siendo la prioridad.

En el baño me enfrento al espejo. ¿Es la misma persona que vi ayer la que me devuelve la mirada? Hay algo distinto. El cabello antes castaño ahora se encuentra teñido con blanco. Esa arruga bajo el ojo derecho, ¿ya existía? Creo que no, creo que apareció este último mes, o dos. El cuerpo también se ve distinto. Las curvas más acentuadas, la piel más tirante, los pantalones más apretados. Por mucho que los días se sientan iguales, yo no estoy igual.

Parece que es martes porque nos están avisando que seguimos en cuarentena. ¿O eso pasaba los jueves? Qué más da. El tiempo se ha vuelto relativo, los días pasan y las cosas no mejoran. Los días pasan y mi mente me pasa la cuenta. Cada día se hace más difícil separar la realidad de esta fantasía en la que empezamos a vivir, una fantasía que nos permite sobrevivir.

Tic tac, tic tac. Ya son las cuatro p.m. Se terminó la jornada laboral y nuevamente no logré concentrarme. Pienso que perderé mi trabajo. Luego pienso que no, que nadie más

hace mi pega. Luego vuelven las palabras de mi madre, “nadie es indispensable”, y caigo en un espiral de angustia.

Medio clonazepam me tranquiliza y me alegra ser de ese porcentaje de chilenos que ya teníamos problemas mentales antes de la pandemia, ya tenía el botiquín preparado para este nivel de estrés.

Cierro los ojos para descansar un rato. La cabeza se niega y sigue funcionando sin parar. Reviso las redes sociales. En Twitter todos enojados. En Instagram todos evasores. Ya ni reviso Facebook. Pierdo horas avanzando en las líneas de tiempo, viendo fotos, leyendo comentarios. Gente que perdió a seres queridos, gente que está apoyando a personas con dificultades económicas, gente que vive en otro universo y no se da por enterada de nada.

Miro la hora. Ya son las nueve p.m. Preparo la cena. Leo un rato. Me lavo los dientes. El sueño ya me invade. Espero esta noche descansar algo. Cierro los ojos. Suena el despertador. ¿Qué día es? Qué más da, si hoy será igual que ayer.

VALENTINA LOPRESTI FUENZALIDA

## La naturaleza del confinamiento

Tengo la mente nublada  
Me siento pensando en la nada  
Las pantallas me tienen bloqueada  
Un desierto el descontento  
De saber que ya no tengo  
En estas tardes heladas  
A aquellos seres que más quiero.

Un mar de emociones  
Y un bosque de augurios  
Es lo que dan las autoridades  
Con sus precarios anuncios  
Me pregunto si alguno  
Habrá vivido en la desesperanza  
De un invierno tan duro.

Pero no todo es tristeza  
Ni llantos del cielo  
Sé que pronto nos veremos  
Y llegará la primavera  
En temporada, floreceremos.

VALENTINA SOFÍA ACOSTA ACOSTA

## La lavadora

Era la tercera carga de ropa que metía ese día a lavar. Por más que pensaba, no lograba comprender por qué había tanta ropa sucia. Prácticamente no salían de la casa hace meses y sólo se ponían ropa formal de la cintura para arriba durante las reuniones por Zoom. El buzo era la prenda más utilizada y reutilizada por esos días, y se cambiaba cada tres días. Así estaban las cosas: tres o cuatro cargas y aún habían cosas por lavar en el canasto.

Mientras continuaba con la interminable tarea y su marido bañaba a su hijo de tres años, sintió el sonido. Una especie de zumbido fuerte, proveniente de la logia. Se acercó rápidamente a la lavadora y vio con espanto que salía humo de la parte trasera. Con un grito angustioso llamé al padre de su hijo, que seguía en su labor de enjabonado y desenjabonado.

—¡AMOOOOOOR! ¡Le sale humo a la lavadora!

En cuestión de segundos, el hombre llegó a verificar la tragedia. No había que ser electricista para darse cuenta de que el aparato, que ya tenía cinco años de servicio activo en su hogar, se había fundido como queso en Barros Luco. Lanzó un garabato, respiró profundo y se dispuso a abrir la lavadora, para sacar la ropa que aún flotaba en agua con detergente.

Entonces, ella recordó que su hijo seguía en el baño, solo. Corrió, con el corazón saltando dentro de su pecho, y soltó un suspiro de alivio al ver que el niño estaba sano y salvo. El champú estaba completamente vaciado en la bañera, y los juguetes de goma desparramados por el suelo, pero a esas alturas del día todo eso daba lo mismo.

Después de una rápida revisión y tres intentos fallidos de hacerla funcionar, lo confirmaron: se quedaron sin lavadora en medio de la cuarentena. Uno de ellos con suspensión laboral, el otro ganando un 30% menos y trabajando un 100% más. Ese mismo día en el que revisaron su cuenta corriente y terminaron con dolor de guata.

Ambos se sentaron en el sofá a pensar. Tras un largo silencio, se abrazaron y asintieron: no quedaba otra que recurrir a las malditas doce cuotas. La ropa sucia no podía esperar.

VALERIA CATERINA MORENO YÁÑEZ

## Tiempos de cuarentena

Son las seis, desconecté el Zoom y estoy frente a mi ventana en esta habitación-oficina. Veo cómo la gente pasa de un lado a otro usando un nuevo accesorio que, podríamos decir, es tendencia en estos días: la tan cotizada mascarilla... Esta debe combinar con la ropa, cartera y zapatos... Hay que cuidarse, pero con estilo, ¿o no?

Van 113 días de encierro, pero la verdad es que no me afecta demasiado. Creo que las restricciones de permisos que mis padres tuvieron conmigo años atrás, me prepararon para este momento... ¿Será acaso que los padres son visionarios y siempre nos preparan de la mejor manera para enfrentar el futuro?

Sigo perdida en mis pensamientos y me asombro de ver cómo esta habitación, en cuestión de minutos, pasa de ser una oficina a sala de reuniones, gimnasio, bodega, zona de juegos... Entonces, me pregunto, ¿de verdad necesito tanto espacio?

Por otro lado, la batería de mi auto ya se descargó por no uso... Entonces, me pregunto, ¿de verdad necesito un auto?

Se acerca mi hija pidiendo que le haga un dibujo: “Mamá, dibuja un sol”. Dibujo un sol. “Además, lluvia”. Dibujo lluvia. “Y algo más: arcoíris”. Dibujo un arcoíris. “Mamá, ¡faltan las personas!”. Dibujo personas. “Pero, mamá, las personas no

tienen su mascarilla. El virus, recuerda el virus... No hay que tocar a la gente porque nos podemos resfriar, ¿cierto?”. Dos años y diez meses y ya habla de mascarillas, virus. A esa edad qué sabía

yo de mascarillas.

Son tiempos de cuarentena, tiempos para pensar, detenernos y mirar a nuestro alrededor. ¿Qué es lo que realmente importa? ¿Qué cosas no necesitamos y nos consumen tanto tiempo? ¿Qué pierdo con no salir? ¿Qué gano estando aquí? No tengo las respuestas, sólo sé que hoy puedo decir que estoy, aquí y ahora, viviendo mi presente y valorando mi familia. Me contacto a distancia con amigas. Trabajo. Corro. Duermo. Como. Leo.

Disfruto del “a-h-o-r-a”. Por años, pasé viviendo para el futuro, pero me olvidé de vivir el presente. La cuarentena deja eso: aprendizaje, crecimiento y, ¿por qué no decirlo? Nos deja humanidad. Aún hay esperanza para poder corregir y volver a tener un mundo en el que vale la pena vivir.

Por algo se dice que debemos ver el lado positivo de las cosas... Son las siete, es momento de transformar esta habitación en gimnasio.

VERÓNICA DEL CARMEN ANDRADE SANDOVAL

## Renovación

17-06-2020

Hace dos meses que no siento el fulgor del sol sobre mi piel. Que extraño es recordar al Sol, que inconscientemente generaba en mí sensaciones de alegría, ligereza, júbilo. Evocar esos recuerdos me provoca tristeza.

25-06-2020

Ahora más que nunca extraño al Sol. Necesito volver a sentir su calor, que se colaba por mis poros e inducía una sensación de satisfacción. Tampoco tengo la opción de sentir un calor humano ajeno, el roce de las pieles o una suave respiración sobre mi cuello que me tranquilice. ¡En estos momentos eso sería una aberración!

28-06-2020

Esta semana ha llovido mucho. El frío es descomunal y el cielo está muy oscuro.

En mi habitación comenzó a aparecer una pequeña mancha negra en la esquina superior... Espero que la lluvia no haya podrido el tejado de mi hogar.

30-06-2020

La mancha del techo se expandió y agrietó. No puedo llamar a nadie para que venga a ayudarme. Intentaré cerrar el agujero por mis propios medios.

Luego de tres horas seguidas de admiración al orificio, creo notar un tenue brillo que baja de este como una telaraña.

31-06-2020

Creo tener una leve obsesión con el agujero de mi habitación. Llevo horas y horas acostado en mi cama contemplándolo. ¡Qué ridículo debo parecer! Pero es lo más interesante que ha ocurrido desde el inicio del confinamiento.

Esta manía por la abertura me ha hecho pensar mucho. Tal vez sea mi salida al exterior, mi reencuentro con el Sol... ¿Podré, finalmente, poner mi cuerpo nuevamente en la calle? Mañana lo intentaré. El resplandor aumentó de tamaño.

01-07-2020

Por el hueco ya cabe mi cuerpo... Sí, tiene un diámetro aproximado de ochenta centímetros.

El brillo ya es muy intenso. Me siento muy extraño. Volveré a pisar la calle, a admirar los paisajes que antaño tanto disfrutaba ver. Estoy bastante emocionado, me siento con mucha energía y vitalidad, mis pensamientos e ideas van tan rápido como un hámster en su rueda chillona.

Me armé de valor y entré al agujero. No había salida al exterior. Sólo estaba esta libreta, esta bitácora, repleta de sentimientos y emociones. No tenía un final, pero yo lo haré:

El brillo me reconfortó, me dio energías para seguir adelante. No pude liberar mi cuerpo de mi hogar, pero pude liberar mi mente de las tragedias y la soledad que me atormentaba. Ahora me siento mucho mejor.

VICENTE PAVÉZ SOTELO

## Rutina

Me levanto en estos días domingo infinitos. Mis pies tocan el frío piso y me envían una corriente al cuerpo, pidiéndome que me acueste de nuevo. Hago caso omiso y continuo con mi rutina diaria.

Dirijo mis pies a la ventana, donde observo las calles repletas de hormigas que insinúan ser humanos. Algunas se dirigen a sus trabajos y otras tienen sus espaldas cargadas de un sustento para el mes. Mi vista sube al cielo y observo cómo los árboles se mecen queriendo alcanzar las nubes.

—¡Hija, la comida está en la olla! —escucho decir a mi mamá, segundos antes de que la puerta principal se cerrara. Otra hormiga más que va en busca de un sustento, pienso.

Bajo las escaleras hasta llegar a su fin y veo que justo a mi lado está el desinfectante que elimina todos los microorganismos, incluso los que tienen las hormigas, o al menos eso pretende.

Mis pies van a la cocina, justo donde está la olla. Fideos otra vez. Me siento en pausa. No, el mundo está en pausa y yo sigo. Mi día transcurre con estrés de guías y tristeza por la no empatía.

Mi papá no se encuentra, obvio. Es una hormiga que fue a parar al hospital. Mañana lo dan de alta, después de un

mes. Justo durante el mes en el que nos enteramos que la familia crecerá.

Rutina necesaria para no volvernos locos. Me imagino cómo será cuando venga la nueva integrante. ¿Tendré que usar mascarilla, jugaré con ella, o sólo será una anécdota que le contaremos cuando sea mayor? Por favor, que la hormiguita que viene no tenga que pasar por esto, no tenga que sentir la pausa del mundo. “Ojalá que esto acabe”, son palabras que me repito cada vez que me siento desfallecer. Y son palabras que espero que se hagan realidad.

YASMÍN MACARENA MIRANDA SALINAS



Este libro fue posible gracias al apoyo de la  
Universidad de Santiago de Chile a través de  
la Vicerrectoría de Vinculación con el Medio.  
En la presente edición trabajó el equipo  
completo de Editorial Usach:

Director  
Galo Ghigliotto

Equipo editorial  
Catalina Echeverría (editora)  
Andrea Meza (diagramación)  
Ian Campbell (diseñador)  
Consuelo Olguín (prensa y RRSS)

Equipo administrativo  
Martín Angulo (jefe administrativo)  
Claudia Gamboa (secretaría)  
Javier Solís (ventas)  
Aldo Opazo (asistente de ventas)  
Mauricio Valenzuela (asistente administrativo)



EDITORIAL  
USACH

\*

Esta  
edición  
de *Historias*  
*confinadas: cuando*  
*el aislamiento nos une*  
se terminó de imprimir en  
noviembre de 2020 en los talleres de  
LOM con un tiraje de 300 ejemplares.  
Para los textos de portada se utilizó la  
tipografía Gotham; para el interior  
se utilizó la tipografía Adobe  
Caslon Pro.





**L**as experiencias relatadas sobre los meses de confinamiento, reunidas en este libro, serán comprensibles para todo aquel que ha vivido las circunstancias de esta pandemia global. Se trata de una marca muy profunda que hemos recibido de manera colectiva y, por lo tanto, las lectoras y lectores de este libro serán capaces de sentirse cómplices de estos relatos.



UNIVERSIDAD  
DE SANTIAGO  
DE CHILE

